

4-109

EL TEATRO  
GALERIA DRAMATICA  
ESCOGIDA.

  
*Sancho García*

*JOSE ZORRILLA*

  
BUENOS AIRES

LIBRERIA DE J. BONNATI E HIJO.  
Buena Orden, 259.

DG  
Cont

+ 1130162  
c.

# SANCHO GARCIA

COMPOSICIÓN TRÁGICA, EN TRES ACTOS. ORIGINAL DE

## DON JOSÉ ZORRILLA

### PERSONAJES

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.—LA CONDESA VIUDA, su madre.—  
HISSEN-ALAMAR.—ESTRELLA.—SANCHO MONTERO.—SIMUEL BEN-  
JAMIN.—ELIAS.—UN CABALLERO.

Caballeros, pajes y villanos—La escena es en Burgos por los años primeros del  
siglo XI

## ACTO PRIMERO

Parque del palacio o castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha una puerta que da a las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da a las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador o kioski, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles y es de noche.

La condesa y Estrella

EST,

Señora, retirémonos, la noche es cada vez más lóbrega y oscura y os daña la humedad.

CON,

Estrella mía, tanto este sitio mi dolor endulza, que siempre me apesara y me contrista abandonar su soledad inculta: porque siempre que dichas imagino tan solo aquí mi corazón las busca. ¿Ves los millares de hojas que en los árboles al paso de los céfiros susurran? Pues un recuerdo delicioso, Estrella,

germina en mi memoria cada una  
Si de aura mansa al perfumado soplo  
en apagados són lentas murmuran,  
adormecen mis penas y me tornan  
un gozo melancólico mi angustia.  
Si ráfaga veloz, con roncás alas  
cruza sus ramas y en sus ramas zumba  
responden a su són dentro mi pecho  
secretos mil que mi conciencia anublau.

EST.

Si humilde lealtad puede esas penas  
calmar, en mí depositad algunas,  
señora, y si al consuelo se resisten  
al menos de hoy las lloraremos juntas.

CON.

¡Llorar! consuelo de serviles almas  
a quien su suerte miserable abruma,  
mas ponzoña de nobles corazones  
que hieramente con su suerte luchan.

EST.

¿Tanto os acosa vuestro mal; señora?  
¿No va don Sancho la morisca chusma  
do quier venciendo, y la vertida sangre  
lava de vuestro esposo con la suya?

CON.

EST.

Que no suene ese nombre en mis oídos.  
Perdonad, ya lo sé: sé que a una viuda  
que llora un noble esposo por quien casta,  
a la mundana vanidad renuncia,  
por quien la hermosa faz y esbelto talle  
en toscos paños codiciosa enluta.  
no deben con inútiles recuerdos  
del esposo aumentar su pena justa.  
Mas cuando queda un hijo, que apiland  
cabezas de enemigos en su tumba  
las glorias de su padre...

CON.

Calla, Estrella,

que tu ignorante lealtad te ofusca.  
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero  
al derribar las berberiscas lunas  
el cetro de Castilla de las manos  
de su madre arrebató, se le usurpó?  
Señora.

EST.

CON.

¿Y que aunque venza mil batallas,  
al cabo vendrá a ser vencido en una?  
¿No ves que solo en pelear pensando  
de sus pueblos el bien descuida en sumo  
la paz, que es solo su fortuna cierta.  
Y si sus campos él de sangre inunda.  
¿qué pan, Estrella, comerán mañana  
los que sus campos a talar le ayudan?  
Paz el moro le ofrece: ¿por qué ahora  
él la desecha con fiereza estúpida?  
¿La aceptaríais vos?

EST.

CON.

EST.

Y de eso trato.

(Con prontitud.)

¿Y son tal vez por eso esas nocturnas

- CON.** visitas que admitís de ese africano.  
 Ese secreto para siempre oculta  
 dentro del corazón, Estrella, o teme  
 que te abra ante los pies la sepultura.  
**EST.** Perdonadme, señora, mas hoy que oigo  
 de vuestros labios la verdad desnuda,  
 de mi fiel corazón, hoy permitidme  
 que los ruines temores os descubra.  
**CON.** ¡Qué es lo que va a decir! DÍ.  
**EST.** Creí a un tiempo  
 que un amor encerraba esta aventura  
 ¡Necia!  
**CON.** Mi inexperiencia me disculpe;  
**EST.** mas hoy que cesa tan villana duda  
 y hallo la causa del secreto trato,  
 gozo leal el corazón me inunda.  
**CON.** ¡Ea, ya basta! ¿De García Hernández  
 la viuda altiva, por la llama inmunda  
 se abrasará de un moro? Tal vileza  
 cabe no más en la simpleza tuya.  
 Mas oye; todo en el silencio quede  
 y eterna sombra mi secreto cubra,  
 y aquí quiero advertirte, Estrella incauta,  
 que los hondos proyectos que se anudan  
 dentro de los palacios en secreto,  
 son ¡vive Dios! mortífera cicuta  
 para aquellos que necios o traidores  
 dentro del corazón no los sepultan.  
 Conque si has de vivir de hoy más, Estrella,  
 este guarda en el tuyo, y no descubras  
 ni aun a tu mismo confesor, que es tu ama  
 a quien el moro por la noche busca.  
 ¿Qué ruido es ese?  
 (Ruido a lo lejos.)  
**EST.** Que se acerca el conde  
 y el pueblo al retirarse le saluda:  
 Todo Burgos le adora.  
**CON.** Sí, ahora vence;  
 mas ¡ay del conde si los moros triunfan!  
**VOZ.** (Dentro.)  
**PUE.** ¡Viva el conde don Sancho!  
**VOZ.** (Idem.) ¡Viva!  
 (Idem.) ¡Viva  
 el vencedor del moro!  
**PUE.** (Idem.) Viva.  
**VOZ.** (Idem.) ¡Viva  
 nuestro angel tutelar!  
 (Idem.) Viva.  
**PUE.** (Entra el conde por la puerta del parque que figura  
 dar al campo, precedido de dos pajes con hachones, y  
 seguido de Sancho Monteró y varios caballeros y vi-  
 llanos que le aplauden.)  
**COND.** (A los villanos.)  
 Apartaos,  
 basta de aplausos ya, bravos pecheros,  
 gracias y retiraos.  
 Y vosotros, mis fieles caballeros,

idos también con ellos y aprestaos  
a descansar, que acaso en breves horas  
os llamarán las trompas y atabales  
para salir contra las huestes moras  
Todos, señor, saldremos  
y con vos venceremos.

UN CAB.

COND.

UNO.  
OTROS.  
DOS.

o moriremos junto a vos leales.  
Gracias, así lo espero; idos ahora  
que en vos segura mi esperanza estriba  
¡Viva el conde don Sancho!

¡Viva!

(Saliedo de escena.)

¡Viva!

El Conde al volverse, cuando los suyos se alejan, ve a la Condesa

COND.  
COND.  
COND.  
COND.

Dios vele sobre vos, madre y señora.  
Contigo venga, victorioso conde.  
¿Tan tarde y en el parque todavía?  
Aun no lo es tanto.  
(Aparte.) (¿Qué misterio esconde  
su inquietud, y su gran melancolía?)  
(A Sancho.)

Sancho, lejos mis órdenes espera.  
(A Estrella.)

Y aparta tú también, que a solas quiero  
con mi madre quedar.

CON.

(Con desden.) La vez primera  
en muchos días es.

(Vanse Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar a las habitaciones del conde. Ella por la del fondo, que da a las de la condesa.)

La condesa. El conde

COND.

¿Puede un guerrero  
disponer de los suyos a su antojo?  
¿Puedolos yo emplear en la ternura  
cuando del moro el temerario arrojó  
provoca mi arrogancia y mi bravura?  
Madre, ya lo sabéis; la tierra tinta  
aún con la sangre de mi padre humea  
Tal verdad en tu rostro el duelo pinta,  
¿mas quién causó la desigual pelea?  
No, madre, no me hagáis tamaña injuria:  
si errores juveniles me arrastraron  
de mi buen padre a provocar la furia,  
con mi llanto y mi sangre se lavaron.  
Fui rebelde un momento; ¡ah! lo confieso  
con dolor; mas también desde aquel punto  
fué mi vida ejemplar; y fué por eso  
al honor de mi padre mi honor junto.  
Mi pueblo olvidó ya las inquietudes  
que un tiempo le causé; yo le dí gloria.  
y hoy aplaude su prez y sus virtudes  
porque vive en su hijo su memoria.  
Todo es hoy para mí dicha, esperanza,  
y todos hoy mis triunfos victorean.  
¡Sólo a mi madre mi placer no alcanza.

CON.

COND.

y mi gloria sus lágrimas afean!  
Decidme, ¿qué anheláis? ¿Qué hay en la vida  
que el enarcado ceño os desarrugue?  
¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre querida  
que vuestro llanto interminable enjague?  
La paz.

CON.  
COND.

¿La paz? Pues bien, por ella lidio;  
por esa paz consoladora y bella,  
que para vos, para mi pueblo envidio.  
Pues bien, el moro te brindó con ella,  
¡Con una paz vendida a peso de oro!  
¡Con vergonzosa paz, ruin y traidora!  
¡Con esa paz que me propone el moro  
porque él, no yo, la necesita ahora!  
No, madre, no; yo no venzo; cada día  
ensancho más y más nuestras fronteras,  
su tierra tiembla en la presencia mía:  
y huye espantada su canalla impía  
a la sombra no más de mis banderas.  
Por eso paz y treguas me proponen;  
temen que mi valor los acorrале,  
y en la paz se aperciben y disponen  
a que otra vez la suerte nos iguale.

CON.  
COND.

No, madre; no haya paz, no haya cuarteles  
aquí ni allí; cuando vencidos sean,  
cuando haga yo con sus tostadas pieles  
con sus lenguas que injurian y bravean  
los frenos adobar a mis corceles,  
esa paz les daremos, que desean.

CON.

En tanto, madre, seamos los mejores:  
o todo o nada; o siervos o señores.  
Siervos, nada tal vez: ¿ellos acaso  
no tienen armas, gente, capitanes?  
¿Si el terrible Almanzor te gana un paso  
qué valdrán tu valor y tus afanes?

COND.

«Todo o nada», a su vez te dirán ellos;  
«todo o nada», y metiendo sus caballos  
por medio de tus míseros vasallos  
sus cimitarras segarán sus cuellos.  
Mi padre fué por vos a tierra extraña,  
y es natural que ajena aquí en Castilla  
(Con frialdad.)

CON.

sintais temor por nuestra noble España;  
mas no la conoceis: no es maravilla.  
Pero conozco el mundo y la fortuna,  
que lo trastorna todo, y será un día  
en que triunfe tal vez la media luna.

COND.

Tened por Dios la lengua, madre mía.  
¡ha de ser de enemigos abogada!  
¿Qué esperaréis de esa paz? ¿Qué de los moros?  
Os seducen tal vez de su embajada  
s soberbios presentes y tesoros?  
esperad unos días, y tras ellos  
veréis cuál para vos mi gente alcanza  
presentes de más prez, muchos más bellor  
ganados a los botes de su lanza.  
Esas serán de vos dignas preesas;

io las de que ellos alabarse pueden  
de que a fuer de limosnas nos la ceden  
por ser de su tesoro las más feas.  
En la viuda de un conde de Castilla  
tan mezquina ambición siempre es mancilla.

CON.

Deber es de una noble castellana  
del sumiso enemigo oír el ruego.  
Perdonar, es virtud muy soberana;  
más grande el vencedor se ostenta luego.

COND.

Madre, no sé qué arcano misterioso  
esa tenaz intercesión encierra;  
no comprendo ese empeño vergonzoso  
de interrumpir las glorias de esta guerra.  
No lo comprendo, madre mía; y juro  
que la paz del espíritu me quita  
el ver que cada triunfo que aseguro  
os entristece más, más os irrita.

CON.

Mas os juro también que es ruego vano;  
si, mientras reine yo, para esos perros  
labrará solo el pueblo castellano  
lanzas agudas y pesados hierros.  
¿Mientras que reines tú? ¡Mancebo loco:  
¿Y a qué llamas reinar? ¡A andar talando  
tus propias tierras; a tener en poco  
los ruegos de tu madre, que llorando  
los días y las noches tus deslices  
pasa, viendo sus pueblos infelices!

COND.

Madre, bien veo que el frecuente trato  
que os permito con moros y extranjeros  
el corazón os mina; sin recato  
andan por Burgos ya con hartos fueros  
de mal hijo tachándome y de ingrato,  
deslumbrando a mis fieles caballeros;  
y ¡por Dios! que de tanta villanía  
la culpa tiene la indulgencia mía.

CON.

Eso es, ensalza, ensalza tu indulgencia,  
tu generosidad, cuando me tienes  
en triste y vergonzosa dependencia  
cual cautiva tomada por rehenes.  
¡Señora!

COND.

CON.

COND.

¡Sí, cerrada en tu palacio.

¿No recibís en él, y en mengua mía,  
con toda libertad, con todo espacio,  
cuantos queréis de su caterva impía?

CON.

A cualquier desterrado se permiten  
amigos de aflicción.

COND.

¿Quién son los vuestros,  
madre?

CON.

¿Quién son los que ante vos se admiten?

COND.

De ciencias y artes, hábiles maestros.

CON.

Y acaso en ellas demasiado diestros.

COND.

Los que mi pobre espíritu iluminan,  
los que endulzan un poco mis pesares.  
Sí, y los que vuestro espíritu alucinan,  
y os llevan del error a los altares,  
los que os dan ambición, los que os domina.  
Sí, porque saben más que el vulgo necio

CON.

porque ahondan los misterios más sombríos  
su alta ciencia.

COND.

(Con desdén.) ¡Derviches y judíos!

CON.

Callad, madre, callad; yo los desprecio.

Y yo no, los atiendo, los escucho,  
y aprendo de ellos.

COND.

Y con frutos grandes!

mas de Burgos saldrán antes de mucho

No bastará tal vez que tú lo mandes.

CON.

¡Madre!

COND.

Basta; será lo que te digo.

Ya me harto de sufrir tu dependencia;

tu madre soy y reinaré contigo.

COND.

Reinad si lo queréis; reinad si os place;

de todo disponéis; en nada coto

os he puesto jamás, todo se hace

cual queréis en mi casa, vuestro voto

para todos es ley, madre y señora.

Vuestro es mi reino; gobernad mi tierra;

cual lo habéis hecho siempre, hacedlo ahora,

mas hombre soy; dejadme a mi la guerra.

Yo tierra os ganaré, prez y tesoros,

vos derrochadlos; mas en tiempo alguno

me roguéis por judíos ni por moros,

porque jamás amar podré a ninguno.

¿Conque ese embajador?...

CON.

Se irá mañana.

COND.

¿Y se irá sin respuesta?

CON.

Sin ninguna.

COND.

Pues yo conde, también soy soberana

y voy a darle por mi parte alguna.

CON.

Quiero ser a lo menos cortesana

con quien a mi somete la fortuna.

¿Los vais a recibir?

COND.

Sí, ya lo he dicho.

CON.

Madre, Dios os perdone tal capricho.

COND.

El conde

¡Oh, me traspasa el corazón desvío

tan injusto y tenaz! ¿cuándo con ella

fui rebelde ni ingrato? el reino mio,

mi decoro, mis leyes atropella.

¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,

de tu mano implacable la honda huela

conozco en su altivez! Mi madre ahora

es de mi antiguo error la vengadora.

Tal vez para mi madre fui mal hijo,

y es mala madre para mí; ¡ya veo

tu justicia, gran Dios! y más me aflijo

cuanto más recta tu justicia creo.

¡Ay, yo me empeño con afán prolijo

en prevenir su gusto, su deseo,

le preparo aun a costa de mi afrenta

y ella me contraria y me atormenta.

¡Oh, y ese afán en pró de la morisma,

ese favor con que al judío acorre

en una sima de pesar me abisma!

sangre extranjera por sus venas corre..  
 Esta idea fatal... ¡siempre la misma!  
 ¡de la mente no sé cómo la borre!  
 y aunque el nombre de madre me la espanta,  
 siempre tras de mi madre se levanta!  
 ¡Oh, triste vida! ¡miserable vida  
 la vida en los palacios condenada  
 a pasar en recelos consumida  
 y por ruines sospechas desgarrada.  
 Ruin destino a los príncipes acuida,  
 polvo es su orgullo, su grandeza nada;  
 ¡colgado del dosel de su grandeza,  
 hay un puñal que amaga su cabeza.

En fin, alerta vivamos  
 los que a gobernar nacimos,  
 los que a ser señores y amos  
 de otros condenados fuimos  
 velemos, no los perdamos  
 ¡Montero!

El conde, Sancho Montero

SAN. Señor.

COND. Ya es tarde:  
 vámonos a recoger,  
 y mañana muy temprano,  
 Sancho, a despertarme ven.

SAN. ¿A qué hora?

Al rayar el alba;  
 un asunto de interés  
 quiero encargarte y es fuerza  
 que te enteres antes de él.

SAN. Señor, nací vuestro súbdito;  
 de cuanto soy disponed.

COND. Mañana, Sancho; descansa  
 de aquí hasta el amanecer.

SAN. Descuidad, rayando el alba  
 a vuestra puerta estaré.

COND. Y no ha de pesarte de ello  
 si me sirves franco y fiel.

SAN. Los del Valle de Espinosa  
 jamás rompieron su fé.

COND. Por tu lealtad, Montero,  
 te escogí yo, vamos pues  
 (Entran.)

con tan sandia candidez  
 que ese moro era un galán!  
 ¿Quién tal pudiera creer?  
 ¿La condesa de Castilla  
 matrona de tanta prez,  
 en una afición tan ruin  
 desatentada caer?

Pobre de mi que en el Valle  
 de Espinosa, mi niñez  
 pasé en sencillez inculta,  
 ¿qué de los palacios sé?

¡Oh, perdonenme los cielos  
 tan injurioso creer!

Perdonenme mi señora,  
 pues de sencilla pequé.

¡Ea! El desliz enmendemos  
 con más severa estrechez

obedeciendo sus órdenes:  
 vasalla suya nacer

fué mi suerte,  
 y ser me cumple

para mis señores fiel,  
 En atalaya me pongo

a su señal a atender.  
 (Se sienta.)

Estrella, por la puerta del fondo

Gracias a Dios que se fueron,  
 Temiendo estaba, pardiez,  
 que el otro viniera, y ellos  
 la seña oyeran también:

y entonces, ¡Dios nos ampare!  
 ¿Qué iba de todos a ser?

¿Cómo tolerara el caso  
 de don Sancho la altivez

Tiemblo con solo pararme  
 en pensamiento tan cruel.

Y ya, necia, que creía

Estrella, Sancho Montero, con recato, por la  
 puerta de la derecha

SAN. No la he visto en todo el día,  
 y los ojos no sabré  
 pegar en toda la noche  
 si no la veo una vez.

¡Oh, la quiero con el alma!

¡Cuán bella y cándida es!  
 no tengo otro pensamiento.

Esta es su ventana; haré  
 la seña con tiento... ¡Estrella!

(Llamando.)

EST. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es [é]!

SAN. Estrella, ¿qué haces aquí? ¿porqué de tu cuarto dentro a estas horas no te encuentro? (Temblando estoy, ay de mí.)

EST. Responde, Estrella, responde.

SAN. ¿Por qué en tu cuarto no es- [tás?]

EST. ¿Y tú, Sancho; adónde vas?

SAN. ¿Dónde voy Estrella? ¿dónde iré cuando en todo el día no he logrado un solo instan- [te]

EST. ver el sol de tu semblante?

SAN. ¡Es cierto, Sancho!

SAN. ¡Alma mía! sin verte no sé vivir, que fuera vivir sin ver; tú, Estrella mía, has de ser la estrella que he de seguir. Sin tí no tengo valor, ni me siento con paciencia para sufrir la existencia que no ha de dorar tu amor.

EST. Sancho mío, yo tampoco vivir un día pudiera sin la esperanza hechicera de tu amor.

SAN. Yo tengo en poco sin tí todo el mundo, Estrella: la más santa obligación, si lucha en mi corazón con tu fé, sucumbe a ella. Si fuera posible en mí luchar lealtad y amor, entre tu fé y mi señor quedará el campo por tí.

EST. ¡Sancho!

SAN. ¡Oh! esto es suponer: porque oposición no hallo entre el galán y el vasallo, entre el amor y el deber. Amo al conde como debo, te amo a tí con cuanto soy; con él a la muerte voy y a tí en el alma te llevo.

EST. ¿Mas qué zozobra te asalta?

SAN. ¿Estás inquieta? ¡ah! sospecho que en venir a verte he hecho sin duda, Estrella una falta.

EST. No, no, Sancho; mi mayor placer es verte, es hablarte; entristecerte, enojarte mi más íntimo dolor.

SAN. Pero tu mano en las mías tiembla, sí,ogan tus ojos

EST. en cesar... ¡Estrella!

EST. Enojos aparta, Sancho, y manias. ¿No me conoces? ¿No sabes que con el alma te quiero? ¿No sabes que te prefiero a los negocios más graves? No hay cosa que tú me indiques en que yo no te complazca; manda, haré cuanto te plazca. Mando que te justifiques.

SAN. ¿De qué?

EST. ¿A qué sales aquí a hora tan extraña, Estrella?

EST. Ay Sancho, los labios sella si me han de injuriar así.

SAN. Casi a un tiempo hemos naci- [do]

EST. juntos nos hemos criado, niños nos hemos amado, hermanos siempre hemos sido.

EST. ¿Y puedes dudar de mí?

SAN. ¡Ay, Estrella, qué se yo!

EST. ¿Quieres injuriarme?

SAN. ¡Oh, no!

EST. ¿Mas estás celoso?

SAN. ¡Oh, sí!

EST. ¿Celoso, Sancho? ¿En verdad que no lo estás con razón!

SAN. Estrella, hace el corazón de las sombras realidad. Y este parque solitario, esta hora tan avanzada, esta noche tan cerrada... ¡ay! si un juicio temerario me impelieron a formar, confiesa que hallé razón.

EST. Pues bien, los celos depon, Yo te juro...

SAN. ¿A qué jurar, falsa lo que en este instante está todo desmintiendo? ¡Ay Estrella, ya lo entiendo, eres mujer, e inconstante! Las costumbres de palacio tus costumbres corrompieron, acaso te sedujeron...

EST. Sancho, habla con más espa- [cio,

EST. que estás hablando de mí: y aunque no nací condesa, conservaré siempre íntesa la honra con que nací. Si ahora en este parque estoy, bástete, Sancho, saber, que ni faltó a mi deber, ni me olvido de quien soy.

- AN.** Pues, bien, entonces, Estrella, ¿qué secreto es el que guardas que así en mostrármelo tardas, si tus juramentos sella?  
**EST.** ¿Temas, amándote yo, fiar tu secreto en mí?  
**SAN.** ¿no fías de Sancho?
- EST.** ¡Oh, sí!  
**SAN.** Pues bien, descúbrele.  
**EST.** ¡Oh, no!  
**SAN.** Estrella, ¿y qué suponer de ese silencio?
- EST.** Que callo porque cabe en el vasallo el amor con el deber. Espera, Montero, un día y todo lo entenderás.
- SAN.** ¿Todo me lo explicarás?  
**EST.** Sí, todo, ¡por vida mía!  
**SAN.** Entonces, Estrella, fío en tí, aunque llevo recelos...  
**EST.** No volvamos a los celos.  
**SAN.** ¡Ah! no está eso en poder mío.  
**EST.** Vete pues, Sancho, que es tarde.
- SAN.** Vóime, Estrella, hasta mañana, porque en hora muy temprana fuerza es que el conde me [aguarde.
- EST.** Adios.  
 (Suenan dos palmadas.)
- AN.** Adios.  
 Mas, ¿qué es eso?
- EST.** Estrella, eso es un aviso. Es una seña, preciso.  
**SAN.** Señal es, Sancho, lo confieso. Pues bien, si a satisfacer mis celos dispuesta estás, déjame abrir.
- EST.** Sancho, atrás.  
**SAN.** ¡Estrella!  
**EST.** No puede ser. Pues que Dios lo quiere así todo el secreto sabrás, mas a ese hombre no verás.
- AN.** ¡Ah! ¿con que es un hombre?  
**EST.** Sí, mas no soy yo quien le espera, ni a quien él busca soy yo.
- AN.** Falsa mujer, ¿cómo no, si estás de tu cuarto fuera?  
**EST.** ¿Y no hay nadie en el palacio que pueda mandarlo así?  
**SAN.** ¡La condesa!
- EST.** Sancho, sí.
- SAN.** No sé cómo tengo espacio para escuchar de tu lengua tal falsedad, tal mancilla. ¿La condesa de Castilla puede obrar con tanta men- [gua?
- EST.** No: y eso es crimen mayor que tu antigua falsedad. ¿Ella tanta liviandad? ¿Ella tan infando amor?
- EST.** No, Sancho, este es el secre [to; la condesa admite a un hom- [bre mas de esa acción no te asom- [bre, no es el amor el objeto.
- SAN.** En un laberinto, Estrella, me metes de confusión; sino es una vil pasión, ¿qué quiere ese hombre con [ella?
- EST.** ¿En los palacios, Montero, no hay más secretos, más ci- [tas que de amor?
- SAN.** Dar necesitas satisfacción por entero. El secreto que tú guardes también yo guardar podré, pero al par acecharé las trazas de los cobardes. Estrella, yo veré a ese hom- [bre;
- EST.** ¡Sancho!  
**SAN.** Es mi resolución; oíré su conversación, y sus señas y su nombre tomaré, y si es nimiedad mujeril será un secreto; mas si hay en ello otro objeto primero es mi letaldad.
- EST.** ¡Ah Sancho mío! ¡Por Dios retírate! ve lo que haces.
- SAN.** Sólo así me satisfaces; oyéndolos yo a los dos ¡imposible!
- EST.** Elije pues; o los oigo de este modo o abro arrojando por todo y nos perdemos los tres.
- EST.** No puedo con tal rigor; sea. Sancho, como quieres

porque al cabo en las mujeres  
lo primero es el amor.

Ocúltate.

(Vuelve a sonar la seña.)

A abrirle voy.

{Estrella va a abrir la puerta  
falsa.}

SAN.

Tal vez mi deber traspaso,  
mas yo sabré en todo caso  
portarme como quien soy.  
(Se esconde Sancho en el cena-  
dor.)

Estrella, Hissem, Sancho, oculto

HIS. Esclava, tarda has andado;  
¿dormías?

EST. No, infiel.

HIS. ¿Qué hacías  
pues, que a abrirme no venías?  
¿No ves que si hubieran dado

que en esa puerta a esta hora  
a que abrieran acechaba...

Perdonad.

EST.

HIS.

Despacha, esclava,  
condúceme a tu señora.

Voy a avisarla.

(Aparte.)

¡Dios mío!

¡Por cuanto valgo que ignoro  
si estoy soñando! ¡Es un mo!

[ro

La condesa, Hissem, Estrella, Sancho oculto

HIS.

¡Sultana mía!

CON.

¡Hissem mío!

SAN.

(¡Cielos! ¿es esto ilusión?

Escuchemos.)

CON.

(A Estrella.) La escalera  
cuida, Estrella, desde fue a,  
y encaja bien el portón.

(Vase Estrella.)

La condesa, Hissem, Estrella, Sancho, oculto

DN.

Hissem, ya estamos solos. Harto oscura  
la noche está, y seguros nos hallamos  
a favor de esa lóbrega espesura.

HIS.

Dime, Sultana, pues: ¿en qué quedamos?  
¿Cede el conde?

CON.

No cede.

HIS.

¿El ruego, el oro

CON

nada podrán con él?

Nada; es en vano

ofrecer y rogar; no puede el moro  
mas que guerra esperar del castellano

¡Guerra!

HIS.

Implacable, sin cuartel, sangrienta.

CON.

¿No oye pues, mi embajada?

HIS.

No; mañana

CON.

te arrojará de Burgos.

HIS.

¡Tal afrental

¿Y tú también sucumbirás, Sultana,  
a su ciego furor? ¿Tantas vigili-  
as de atán han de perderse en un momento?  
Por siempre nos aparta, ¿y no me auxilias?  
¡y no te opones con osado aliento  
y le dices: ¡atrás! llegó mi hora,  
yo soy aquí tu madre y tu señora.  
¿Con qué poder, Hissem?

CON.

Con tu arrogancia.

HIS.

¿No hay consejo, no hay pueblo a quien que-  
[arte

a quien decir en Burgos, que en tu estancia  
te guarda sin cesar y ni asomarte  
te permiten sin su orden a tus rejas,  
que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

CON.

Y eso es mentira. Hissem.

HIS.

Vulgo villano

siempre habrá pronto para oír tus quejas  
O no le habrá; ese vulgo en quien confías  
le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas;  
celebra su valor todos los días  
con doble afán, que en esperanzas locas  
de triunfos le adormió; y botín, tesoros  
espera de esa lid contra los moros.

Y espera con razón, pese a Mahoma!  
Lanzados más allá de sus fronteras  
les parece que el mundo se desploma  
sobre ellos, divisando sus banderas.  
¡Cobardes en España envilecidos!  
¡de su raza o valor degenerados!  
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos  
le envían sus tesoros más preciados  
para pedir la paz... y si ahora mete  
ese conde sus huestes vencedoras  
por nuestra tierra audaz y la acomete,  
¡ay desdichadas de las lanzas moras!  
¡ay desdichado nuestro afán, Sultanal!  
¡Yo tan amante y tú tan altanera;  
tu quedarás en Burgos prisionera,  
y a mí de Burgos me echarán mañana.  
¡Y tres años, Hissem, tres largos años  
de cautiverio por mi amor sufridos!  
¡tres años, sí, de cábalas y amaños  
de zozobras y crímenes?

Perdidos.  
Jamás, jamás a vernos volveremos!  
Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,  
unó de otro enemigos moriremos.  
Nunca; a tal sacrificio, no, no alcanza  
mi vil resignación. Aun tengo amigos.  
Hissem, sajones, árabes, franceses,  
que temen de don Sancho los castigos  
y apoyan mi facción, mis intereses.  
Sí, tu embajada, ¡pese a su arrogancia!  
en mi cámara propia, a medio día  
yo mañana oíré; nadie en mi estancia  
a tí ha de osar a la presencia mía.

(Con desdén.)  
Y él al mismo dintel de tu aposento  
cautivos nos hará.

Y saliera caro  
al conde tan osado atrevimiento  
al recibiros yo bajo mi amparo.  
Inútil razonar, la fuerza es suya,  
tú lo has dicho: hay un medio solamente  
que su poder y su furor destruya.

¿Cual es?  
Que yo me aleje prontamente.  
y a mis reyes de Córdoba y Sevilla  
a tí como mi esposa te presente,  
y tributaria de ellos a Castilla.

¡Hissem!  
Entonces con doblado brío  
nos enviarán cohorte numerosa:

Don.

His.

Con.

His.

Don.

His.

Con.

His.

Con.

His.

Con.

His.

tuyo será el condado; y tuyo y mío,  
reina serás, y libre y poderosa.  
¿Yo mi fé he de adurar? no.

CON.  
HIS.

¡Ruín reparo!

Se cede al sevillano un pie de tierra,  
y otro pie al cordobés; con nuestro amparo  
en nuestros pueblos cesará la guerra;  
y mirando de entrambos al decoro,  
cristiana vivirás, viviré moro.  
Jamás, Hissem, jamás.

CON.  
HIS.

¡Tarde, traidora,

te liego a conocer!

CON.  
HIS.

Moro, ¿qué dices?

¿Qué fué tanta promesa seductora?  
¿Tantos augurios de tu amor felices?  
¡Y que me amabas sin cesar decías!  
Que apreciabas los riesgos, los azares  
que por tí arrostré intrépido: ¡mentías!  
Nunca, Hissem, osaré hasta mis altares  
¿Qué entiendes tú de amor? ¡Necia cristiana  
de corazón cobarde! ¿Qué comprendes  
de esa pasión que por tan firme vendes,  
solo capaz de una ánima africana?

CON.  
HIS.

Tres años te serví como cautivo,  
mi valor y mi origen olvidando;  
tres años que por tí sin honra vivo,  
tres años ¡necio! que te estoy amando  
y mi fé y mi pasión no te pondero  
cual tú la tuya; y tantos sacrificios,  
tal firmeza en tan bravo caballero,  
¿cómo me pagas tú? ¡ah, que vas infiero  
a reprocharme aun mil beneficios!

CON.

Sella, bárbaro Hissem, sella la boca:  
tus palabras son fuego, maleficios  
para mi corazón, me vuelven loca.  
Atropellé mi honor, engañé al conde  
mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,  
cuanto emprendí y fragüé no te se esconde:  
¿y me llamas cobarde? Pues bien, moro,  
habla: ¿qué quieres de mi amor? responde:  
cuanto quieras haré, porque te adoro  
Abre un sepulcro.

HIS.  
CON.

¿A quién?

HIS.  
CON.

¿No lo adivinas

¡Me horrorizas, Hissem!

HIS.  
CON.

De otra manera...

¿Otro crimen aún?

HIS.

Tú no imaginas

cuánto te importa que primero muera  
jamás.

CON.  
HIS.

Piénsalo bien.

CON.  
HIS.

Basta con uno.

¡Miserable de tí! cavas tu tumba.

CON.  
HIS.

Medios hay...

CON.

No, sultana, no hay ninguno;

todos tu pertinacia los derrumba.

Nunca.

His. Piénsalo bien, que es tu destino,  
 que lo dice tu horóscopo.

CON. ¡Qué dices!  
 His. No; los dos no cabéis por un camino,  
 y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!  
 hundiros uno a otro es vuestro sino.  
 CON. ¡Sueñas, Hissem!  
 His. ¡Oh torpe rebeldía!  
 ¿No hay conjuros, cristiana, no hay encantos  
 que vierten luz sobre el futuro día,  
 y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?  
 No los hay en mi fé.

CON. Mas sí en la mía.  
 His. y los he consultado.  
 CON. (Con espanto.) ¿Y eso dicen?  
 His. Eso; y de nó los astros nós maldicen.  
 CON. ¿Y es cierto? ¡Horror!  
 His. Tú misma verlo puedes.  
 CON. ¿Cómo?  
 His. ¿Crees en la ciencia?  
 CON. Sí.  
 His. El contorno  
 ante tí a hacerse volverá.

CON. ¿Seguro?  
 His. Cierto, infalible.  
 CON. Quiero verlo.  
 His. ¿Y cedes  
 convencida una vez?  
 CON. Sí, te lo juro.  
 His. Mañana pues al despuntar del alba  
 baja a la gruta en que Simuel habita:  
 mi esclavo estará aquí, llegarás salva;  
 y el fatal porvenir que nadie evita  
 a tus ojos pondrá el israelita.  
 Iré.

CON. ¿Tendrás valor?  
 His. Sí.  
 CON. Pues mañana  
 His. tu destino sabrás, y a elección tuya  
 muerta en Burgos serás o soberana.  
 CON. Hable el destino y la elección es suya.  
 His. Piénsalo.  
 CON. Iré: vé en paz.  
 His. A Dios, Sultana.

CON. La condesa. Sancho, oculto  
 Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que se estremece  
 medroso el corazón... Ese judío  
 ante quien claro el porvenir parece,  
 ¿de quién recibe su poder? ¡ímpio!  
 Mas sus negros conjuros obedece  
 el destino en verdad: ¡oh! ábrase el mío;  
 y aunque el misterio horrendo me horripila  
 penetrarle sabré fiera y tranquila.

EST. La condesa. Estrela  
 CON. ¡Señora!  
 ¿Qué?

EST.

De aquí partamos: ruido

de pasos percibi por la escalera  
del conde, y distinguir me ha parecido  
su sombra atravesar tras su vidriera.  
Gente acaso en el parque habrá sentido,  
y desvelado está.

CON.

EST.

Si aquí nos viera.

CON.

En tan lóbrega noche no es creible  
que vió desde el balcón.

EST.

Todo es posible,

señora.

CON.

Vamos pues.

EST.

(¡Ay! ya respiro,  
pues libre a Sancho de sus ojos miro.)

SAN.

Sancho Montero. Luego el conde  
Mis ojos lo miraron, mis oídos  
lo oyeron, y lo dudo todavía.  
No, no es fascinación de mis sentidos,  
no es ilusión de loca fantasía,  
(Asoma el conde y se le acerca.)  
es la increíble realidad. Vendidos  
a los moros están... ¡Por vida mía  
que el ser madre y condesa no la salva  
de que lo sepa el conde antes del alba.  
A despertarle voy; ahora, sí, al punto  
a decirle: «don Sancho, levantaos,  
el mundo está contra nosotros junto:  
del sitio en que pisais aseguraos,  
del aire que aspireis, o sois difunto:  
fermenta la traición como en un caos  
en vuestra propia casa... ¡Oh, yo estoy loco!  
Voy... todo el tiempo me parece poco.  
(El conde, que ha venido a colocarse tras él saliendo  
de palacio, te detiene diciéndote:)

COND.

Gracias, Sancho.

SAN.

(De rodillas.)

COND.

¡Señor!

¡Silencio! todo

lo escuché desde allí, todo lo he visto.

¡Pluguiera a Dios que no!

SAN.

(Con afán.)

¡Ah! de ese modo...

COND.

(Interrumpiéndote.)

Tu lealtad conozco.

SAN.

(Id.)

Mas por Cristo,

señor, que comprendáis...

COND.

(Id.)

¡Sancho, silencio!

De la idea que oculta aquí reside  
sólo a Dios que la alcanza damos cuenta,  
tan solo el confesor cuenta nos pide;  
de palabras que al hombre dan afrenta  
justo es que el afrentado nos las pida,  
y la afrenta se lava con la vida.

SAN.

Señor, para arrancármelas del pecho  
si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!  
cien lanzas abrirán camino estrecho,  
Solo así, Sancho, vivirás seguro.  
Será.

COND.

SAN.

COND.

No te lo digas ni a tí mismo:

a esa idea de escándalo y de mengua  
dentro del corazón abre un abismo;  
que no suba jamás hasta tu lengua.

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Antecámara de la habitación de don Sancho. Decoración de una sola casa. Puerta en el fondo y a un lado

Sancho Montero

Tiempo es ya de despertarle,  
que está vecina la aurora  
y quiero de sus encargos  
darle una respuesta pronta.  
¡Ay! ¡desdichados mil veces  
los que en alcázares moran  
arrastrando una existencia  
que tantos duelos acosan!  
¡Pero qué es eso! alguien sube  
por el caracol... zozobras  
el ruido menor me causa  
desde que sé...

(Llaman con precaución.)

pero tocan  
en esa puerta. ¿Quién?  
(Dentro.) ¿Sancho?

ST.

Sancho, Estrella

SAN. ¡Qué oigo! (Abre.) ¡Estrella, tú  
[a estas horas!...  
¿Qué quieres?

EST. ¡Ay Sancho mío

qué noche tan espantosa  
Qué es lo que dices, Estrella.  
EST. ¡Sancho, por nuestra Señora

SAN.  
EST.

que me digas lo que anoche  
vistes!

SAN.

¡Por Dios, que curiosa  
por demás eres, Estrella!

EST.

¿A tí de eso qué te importa?  
No imagines, Sancho mío,  
que curiosidad es sola  
mi pregunta, ni por eso  
a la antecámara propia  
de don Sancho me llegara:  
no, no; mi razón es otra.  
En agitación horrenda,  
en pesadilla angustiosa  
toda la noche ha pasado  
la condesa mi señora.

SAN.

¿Y eso qué tiene de estraño?  
El insomnio en ella es cosa  
muy frecuente.

EST.

Sancho, no;  
nunca la ví como ahora:  
hubo un momento en que miedo  
la cobré... ¡la creí loca!  
SUN. Tu poco espíritu, Estrella;  
tu superstición medrosa  
tal vez de un sonambulismo  
tamañas quimeras forja.  
EST. No, no; se arrojó del lecho  
desesperada y furiosa.

desencajada, convulsa,  
diciendo con voces roncadas:  
«Dame, Hissem, dame tu alfán-  
[je,  
tenle, y que su sangre corra.»  
Luego se hincó de rodillas  
a una aparición incógnita,  
suplicando... ¡ay Sancho! en-  
[tonces

yo estaba temblando toda.  
Se le erizaba el cabello,  
se pintaba su recóndita  
pavura sobre el semblante,  
y los ojos de las órbitas  
saltándosela, en su frente  
brotaba en hirvientes gotas  
mortal sudor... si la hubieras  
visto... ¡ay, estaba espantosa!  
(Infeliz.) Estrella, cálmate:  
sin duda esa aterradora  
escena que estás contándome  
soñaste en la noche próxima,  
y con tan vivo carácter  
tu imaginación pintóla  
que realidad la creiste.

¡Ojalá, Sancho! mas óyela  
del todo, y juzga conmigo  
la realidad de esa historia  
Di.

Serenóse un momento:  
calmóse aquella diabólica  
agitación de su espíritu,  
y descansó casi una hora.  
Mas al cabo de ella, Sancho,  
volvió a arrojarle furiosa  
del lecho, y a la ventana  
abalanzándose, abrióla.  
Tendió los brazos por fuera,  
y en voz angustiada y cóncava  
gritó: «¡Hissem, acude, sálva-  
[me!

¡aquí de tus lanzas moras!  
¡acúdeme y todo es tuyo,  
mi fé, mi ser, mi corona!»  
Silencio, Estrella, silencio,  
que don Sancho no te lo oiga.  
Ay, todavía me dura  
el temblor.

Vete, reposa,  
Estrella, y no temas nada:  
te lo aseguro, tan poca  
importancia hubo en su plática  
con el moro, y tan remota  
relación tiene con eso...

Sancho, esto sin duda toca  
a un secreto que guardas  
te mí; ¡av! vo consoladora

una palabra a lo menos  
esperaba de tu boca.  
Estrella, yo te lo juro,  
aunque en mi última hora  
estuviera, no podría  
asegurarte otra cosa.  
Vé a tu aposento y descansa;  
esa aprensión melancólica  
con el reposo disipa  
y aguarda a que tu señora  
despierte, y de tí y sus damas  
para tocarse disponga.

Tarde será.  
¿Por qué, Estrella?  
Porque a mí como a las otras  
nos despidió de su cámara  
con faz enarcada y torba  
diciéndonos: «para nada  
os necesito: de sobra  
estáis aquí, ea, dejadme  
las antecámaras solas,  
y que nadie en ellas entre  
sin excepción de persona.»

¡Pues bien, Estrella, obedé-  
[cela!

vete y espera con todas  
las otras damas, no salga  
y te llame antes de la hora  
a otro capricho cediendo.  
Mas ¿oyes? del sueño torna,  
don Sancho, sus pasos siento.  
Sal, Estrella, vete pronta  
no te halle aquí.  
¡Dios me asista!  
¡Adios, Sancho!  
El nos socorra,  
que solo puede tal vez  
su asistencia poderosa.  
(Va a entrar en el aposento de don  
Sancho, y al mismo tiempo apare-  
ce éste.)

El conde, Sancho, Montero

Sancho, ¿quién estaba aquí  
contigo?

Estrella, señor.  
Exigente es vuestro amor  
si os trae de continuo así.  
No fué su pasión ahora  
quien la trajo.

¿Pues ¿quién fué?  
Señor, su cándida fé  
y el amor a su señora.  
¿A la condesa?

Sin duda,  
que en Espinosa nacida

JAN.

EST.

SAN.

EST.

SAN

EST.

SAN

EST.

SAN.

EST.

SAN.

EST.

SAN.

EST.

SAN.

COND.

SAN.

COND.

SAN.

COND.

SAN.

COND.

SAN.

COND. la es leal con honra y vida  
SAN. y solícita en su ayuda.  
¿Qué pasa a mi madre, pues?  
Ha poco a mí vino Estrella  
temiendo, señor, por ella,  
con afanoso interés;  
la pobre me preguntó  
lo que anoche vi y oí.  
COND. ¿En el parque, Sancho?

SAN. Sí.  
COND. ¿Y se lo dijiste?  
SAN. No.

COND. Antes que ceder con mengua  
a amor, a ambición ni miedo,  
juraros, don Sancho, puedo  
que me arrancaré la lengua,  
Gracias, Sancho; más perdo-

SAN. [na  
si esto me trae tan inquieto.  
Descuidad, vuestro secreto  
morirá con mi persona.  
Mas vuestra madre ha pasado  
la noche en insomnio horrible  
y en agitación terrible  
que a mi Estrella ha amedran-

COND. [tado;  
y buscando la razón  
en esa nocturna cita  
me hizo temprana visita  
en cuanto vió la ocasión.

COND. ¡Ay, Sancho! que esos traido-  
SAN. [res

COND. el seso la han trastornado,  
y acaso la han fascinado  
con filtros encantadores.  
Descuidos son, Sancho, míos;  
su gusto al deber prefiero,  
y que trate la tolero  
con moros y con judíos.  
Ella piensa que la inician  
en arcanos de la ciencia,  
¡vive Dios! y su conciencia  
con sus ciencias malefician.  
¡Ciencia! ¿A perros tan villa-

SAN. [nos  
abrirá Dios sus tesoros?  
¿Dará a judíos y a moros  
lo que niega a los cristianos?  
No, imposible; en la traición  
son sabios, Sancho, no más,  
la ciencia de Satanás  
abriga su corazón.  
¡Horóscopos y conjuros!...  
por vida mía que voy  
a deshacérseles hoy  
con encantos mas seguros.

SAN. ¿Los hombres que te encargué  
COND. Ya esperan.

SAN. ¿Y el renegado?  
COND. ¿Qué no hará quien ha dejado  
SAN. las banderas de su fé?  
COND. ¿Consiente pues?

SAN. Sí, señor;  
¡si hallára quien la quisiera  
hasta su alma vendiera!

COND. Calla, que me causa horror.  
SAN. Es el hombre más infame  
que el suelo del mundo huella.  
dadle una dobla, y por ella  
venderá lo que más ame.  
Es una serpiente astuta  
que todo lo ve y penetra  
quien sus crímenes perpetra  
y sus planes ejecuta  
y sus intenciones sabe.  
COND. ¿Del judío?

SAN. De los dos;  
mas vendedos quiere a vos  
de todos ellos la llave.  
COND. ¿Queréis verle?

SAN. Sancho, no;  
con él enténdete tú,  
que para ese Belcebú  
no tendré paciencia yo.

SAN. Pues vamos, que ya esclarec-  
COND. y él os lo hará presenciar.

SAN. ¿Está lejos el lugar?  
COND. Junto al muro me parece;

SAN. llegamos en un minuto.  
COND. Y vé con tiento y con paz,  
porque de todo es capaz  
un malvado tan astuto.

SAN. Id descuidado, señor;  
lo que no haga el interés  
lo ha de poder el temor;  
fiad en mí.

COND. Vamos pues.

(Subterráneo que sirve de habita-  
ción y laboratorio al rabino Simuel  
Benjamin. En medio un altarcillo o  
pira destinada a sacrificios y cere-  
monias paganas. Un velador trian-  
gular con paño negro, sobre el  
cual hay pergaminos e instrumen-  
tos de matemáticas y astronomía.  
Momias egipcias, cuadrúpedos y  
volátiles disecados. Un esqueleto  
humano. Vasos sepulcrales anti-  
guos. Un reloj de arena. Entrada  
en el fondo. Secreta a la derecha  
idem a la izquierda, Elias, apa-  
rece.)

Ya no hay remedio, está dicho.

Esta jugada está hecha,  
y ya no pueden los dados  
recogerse de la mesa.  
¡Qué otro camino quedaba!  
¡Ay! de pavora me tiembla  
el corazón todavía  
cuando al Montero recuerda.  
Aquella seguridad  
con que hasta la boca mesma  
del subterráneo llegó  
a la media noche; aquella  
confianza en el poder  
de su arriesgada propuesta,  
aquel ademán resuelto  
con que la entrada secreta  
volvió a tomar, sin volverse  
para escuchar mi respuesta.  
y desde el umbral diciéndome  
con voz poderosa y hueca:  
Renegado, hasta mañana  
lo que te conviene piensa.  
Todo esto como de un sueño  
triste pesadilla horrenda  
el corazón me atribula  
y el pensamiento me prensa.  
¡Oh! miserable de mí,  
mas no nacer me valiera  
que dar al fin en las manos

de ese don Sancho. Aquí cesan  
mis esperanzas efímeras  
de ambición y de riqueza.  
Aquí mi futura dicha.  
aquí mi ambición se estrella:  
¡ay! inútiles deseos  
que alimentó el alma necia,  
ilusiones, sois perdidas,  
que el viento rápido lleva.  
Pero probemos siguiendo  
del vencedor la bandera;  
todos los vientos ayudan  
a quien sin rumbo navega.  
Coloquemos por si acaso  
estos muebles de manera  
que estén a servir dispuestos.  
(Hace lo que dice.)

Esta pira aquí, más cerca  
del velador; estas luces  
más opacas, más inciertas.  
¡Oh, el aparato es magnífico!  
Cualquiera crédulo que entra  
en esta mansión, se humilla  
ante el altar de la ciencia;  
Siento rumor... pasos son;  
si antes que él los otros llegan  
todo se pierde.  
(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.)

¡Ah, respiro!  
El es, estemos alerta.

Elias, Sancho Montero

SAN. Guárdete Dios.  
ELI. Montero, bien venido.  
SAN. Aparta, Elias, ceremonias necias,  
y a lo que importa vamos. ¿Qué has resuelto?  
ELI. Sancho, me mandas que a mi dueño venda!  
SAN. ¿No has vendido, traidor, en otros días  
patria, amigos, amor, hijos, creencias?  
ELI. Montero...  
SAN. Concluyamos, en el parque  
anoche el conde oyó la conferencia  
de su madre y el árabe.  
ELI. ¡Dios Santo!  
SAN. Todo lo sabe.  
ELI. ¿Pues de mí qué espera?  
SAN. Que descubras a tiempo los secretos  
que aquesta gruta misteriosa encierra.  
ELI. ¡Sancho!  
SAN. Concluye, y por tu bien elije.  
ELI. Tu secreto me das o tu cabeza.  
SAN. ¿No hay otro medio, Sancho?  
ELI. No hay ninguno,  
SAN. nada te ha de salvar sino tu lengua.

- Sea, Sancho, y empieza por quitarte  
de esa piedra en que estás.
- SAN. Esta caverna  
labrada está en las rocas.
- ELI. Eso dicen  
mas, minada la tierra por do quiera,  
y hay en su cavidad tantos secretos  
como junturas hay entre sus peñas.  
Un hombre dentro de ella burla a mucho  
si sus resortes mil diestro maneja.  
Y un secreto camino va a palacio,  
por donde el sabio en el palacio entra  
y espía sin ser visto. En fin, Montero  
invención infernal es esta cueva.  
Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,  
a implorar el auxilio de la ciencia,  
y la ciencia a los pobres y a los ricos  
con trampantojos y ficción contesta.  
Aquí con mil prodigios engañosos  
un porvenir mentido les revela,  
y espíritus impuros aparecen  
en visiones ya horribles, ya risueñas.  
A veces hablan gentes a quien guarda  
há muchos años ya la madre tierra,  
y a veces esas urnas y esas aves  
se sirven de sus manos y su lengua.  
En fin, todo es aquí misterio y arte  
con que al crédulo vulgo se amedrenta,  
y él juzga la verdad con sus sentidos  
y su oro al sabio que le engaña deja.  
El ignorante vulgo solamente  
pasará por patrañas tan groseras.  
¡Ay, Montero, las hay tan formidables,  
que al más valiente corazón aterran!  
que es así la materia del de el hombre  
y en conocerle bien está la ciencia.  
Esto es todo, y no hay más; todo lo sabes:  
ahora ¡ay de mí! por cuanto caro tengas  
en este mundo, Sancho, que me ampires  
y del furor del conde me protejas.  
Y si el oro...
- SAN. ¿Por Dios, me crees acaso  
tan vil como eres tú? Si no te viera  
temblar ante mis pies como un cobarde  
contestara mi daga a tu insolencia.  
Mas ese conde...
- ELI. De quedar con vida  
su palabra real por mí te empeña.  
SAN. Sancho, son las palabras solo ruido  
y el aire más ligero se lo lleva.  
ELI. ¡Renegado! ¿Tu fé, si alguna tienes  
a la palabra de don Sancho niegas?  
SAN. Si de su misma boca la escuchara  
crédito y fe sin vacilar la diera.  
ELI. Que es noble y cree en la virtud don Sancho,  
y hasta los mismos moros lo confiesan.  
Pero...

SAN.  
ELI.  
SAN.

Cumple mis órdenes, y fia.

Dí.

Escucha, muy en breve la condesa va a esta gruta a bajar.

ELI.  
SAN.

¡Cielos, quién duol.  
Cita secreta es, y váse en ella a desplegar, para turbar su mente, todo el poder de la mentida ciencia: el conde ha de asistir.

ELI.

Es imposible.

SAN.

Sancho, que le descubran será fuerza. ¿No se esconde aquí tantos secretos como junturas hay entre las piedras? ¿No hay aquí mil incógnitos resortes que escondrijos le abran y escaleras? Todo por todo, Elías.

ELI.

Sea, Sancho; mas del conde, pues tú le representas, júrame en nombre que será imposible, oiga lo que oiga y vea lo que vea. Sí.

SAN.  
ELI.

Que tenga valor y sufrimiento para ver cuánto pase en su presencia.

SAN.

Hombre es don Sancho, Elías, a quien nunca dieron pavor ni sombras ni quimeras.

ELI.

Polvo es no más, como los otros hombres mas a buscarle vé, porque ya llegan.

#### Simuel Benjamín

La prueba última es. O cede anora esa necia mujer y se fascina, y merced a mi magia protectora en Castilla desde hoy Judá domina, o la ocasión se pierde de tal modo que todo se hunde y se malogra todo. Alégrate, Judá. Si hoy a mi ciencia la mujeril superstición dá vuelo, tierra tendrás y templos y opulencia con que olvidar al fin tu largo duelo: no irás desde hoy sin término vagando patria insegura en que posar buscando. Aquí se tenderán los blancos linos de las tiendas de Aarón; en torno de ellas resonarán los cánticos divinos de la Sion bendita, y las doncellas de Judá danzarán, nuestros misterios celebrando al compás de los salterios. ¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria dar a su pueblo, y amparar mi empresa, y estos augurios de grandeza y gloria no se deshagan cual fugaz pavesa. ¡Ay! dominar queremos los destinos y somos siempre errantes peregrinos. Mas veamos si todo está dispuesto para el postrer ensayo. ¡Elías! (¡¡mándote.)

- SIM. ¿Arresto  
lo tienes todo ya?
- ELI. Todo, rabino:  
y a vuestra voz responderá el destino.
- SIM. ¡Luce el día?
- ELI. Ya el sol por el oriente  
va elevando su disco refulgente.
- SIM. ¿No ha parecido el moro todavía?
- ELI. Por la empinada loma ya subía  
cuando oí vuestra voz.
- SIM. Que entre al momento,  
y tú a tu obligación estate atento.
- ELI. Así lo haré, señor.
- SIM. Préstame ahora,  
Dios de Judá, tu ciencia previsor.
- SIM. Bien venido seas, moro.
- His. Judío, guardete Alá;  
mas sin ceremonias vamos  
a lo que interesa más.  
¿Está preparado todo?
- SIM. Todo preparado está.  
¿Y la condesa?
- His. Ya llega  
con mi esclavo Ben-Jaguar  
¡Cuánto me costó vencer  
su conciencia pertinaz!  
¿Mas consintió?
- SIM. Si veía  
por sus ojos el fatal  
poder a que está sujeto  
su destino.
- His. Lo verá.  
Su ciega superstición  
a sus ojos va a cambiar  
la mentida ceremonia  
en exacta realidad.
- SIM. Ve con tiento, Benjamín;  
su mente hay necesidad  
de exaltar con tus pronósticos;  
mas como arriesgado azar  
es sin duda el demostrarla  
prodigios que no querrá  
creer acaso, primero  
su amor es fuerza irritar  
y su ambición y sus celos.  
Y esto a fallarnos quizás  
entonces todo a tu ciencia  
lo tendremos que arriesgar  
No escasées sortilegios  
ni inversiones; tal vez ya  
en este último día  
que nos resta aprovechar,  
¡Cómo!
- His. Sí; mañana el conde  
de Burgos nos lanzará,  
o acaso tumba nos abra.
- SIM. Hissem, de todo es capaz.
- His. Pues bien, Simuel, no lo olvi-  
des,  
fuerza es caer o acabar  
de una vez con ese rayo  
a nuestra grey tan fatal.
- SIM. De lo que puede mi ciencia  
tú mismo te has de asombrar.  
Elías sabe mis órdenes  
y ante sus ojos pondrá  
prodigios aterradores  
que su alma han de atribular
- His. Vete con tiento, Simuel.
- SIM. Bravo Hissem, tres años van  
de lección, y yo respondo  
del efecto que la hará.  
Tres años que estoy hipócrita,  
faimado, astuto y sagaz,  
enseñándole una ciencia  
que jamás aprenderá,  
mas que ha puesto su cabeza  
en un estado capaz  
de abandonarse en mis brazos  
en completa ceguedad.
- His. Mi amor a un tiempo, Simuel,  
a tu ciencia ayudará.  
Si así lo haces tu servicio  
recompensado verás,  
dando en Castilla a tu triba  
tierra y templos que habitar.  
¿No es ese tu gran deseo?
- SIM. Sí; ¿mas tú lo cumplirás?
- His. Mira el pliego de Almanzor  
Castilla en reino me da  
si yo al poder del cristiano  
se la consigo arrancar.  
Orultos en esa sierra

	cuatro mil moros están prontos a meterse en Burgos a la primera señal. ¿Los castellanos sin jefe, muerto don Sancho, qué ha- [rán?	His.	Escalón de nuestro poder será; los dos a una misma tumba y en un día bajarán. Y será Burgos...
	El palacio de su dueño y su cadáver cercar. Llorar, Simuel, y apenarse, y volverse cuando más contra la escondida mano que apagó su luz vital.	SIM. His.	Mi reino donde los tuyos tendrán templos y tierra segura y comercio y libertad. (Sabedor de mi secreto muy pronto te enterrarán.) (Con mi ciencia poco a poco del trono bajando irás.)
SIM. His.	¿Mas y esa mano escondida?... Pronto encontrada será y entregada al populacho su furor para saciar.	SIM. His.	Ea, pues, siento que llega prepara, sabio, tu altar.
SIM.	¿Pero ella misma?	SIM.	Cumple tú lo que te toca, y ayude al sabio el galán.

Sílas introduce a la condesa, que viene cubierta con un largo  
velo, y se vuelve

La condesa, Hissem, Simuel Benjamín

SIM. CON.	Salud, condesa. Sabio israelita, salud. (¡Hissem aquí!)
His.	Aquí, señora, que vuestra dicha y salvación medita Hissem, que espera en vos, y en vos adora.
CON	Hissem, que por do quier al par me sigue de mi conciencia ¡ay Dios! sombra evocada
His.	¡Sombra feliz si vuestro bien consigue siempre en cuidado vuestro desvelada!
CON	Hissem, ¡qué noche tan fatal me has dado! ¡Qué ensueños más horribles he tenido!
SIM. CON.	¿Un calmante queréis?
	No; ha disipado el día mi temor.
SIM. His.	¿Razón ha habido? Simuel, ese hijo vil que la esclaviza hoy nos aparta de ella como gente indigna de tratarse, allegadiza, y yo por convencerla solamente del intento traidor que a ello le atiza la revelé su horóscopo.
SIM.	¡Imprudente! ¿crees tú que una mujer tenga harto brío para sondar el porvenir sombrío?
CON.	Simuel, no me dió el ser vulgo villano y un corazón tan animoso tengo que no le da pavor su negro arcano, y de tu voz para escucharle vengo. Dí, pues, ¿será tu ciencia desmentida en lo que atañe a mi futura vida? ¿Es cierto, dime, que podrá por ella a tus conjuros responder mi estrella? Al necio humano que en mi ciencia duda su mágico poder jamás ayuda.
Sol.	

CON. Responde, a esta caverna a esto he bajado.  
SIM. ¡Oh! ¡Mil veces perdón, noble condesa!  
Lo confieso, seis noches he pasado  
velando, y vuestro horóscopo he trazado.  
¿Y qué? (Con afán.)

CON. ¡Ay de mí! ¡que lo sepais me pesa!

SIM. Pésame, sí, de que la ciencia mía  
fiara de un amante este secreto;  
que nadie es sabio si en amor se fia.  
His. Perdonadme, Sinuel, mi solo objeto  
fué apartar de su frente el golpe rudo.  
Yo la idolatro, sí; ¿cómo pudiera  
su destino esperar sereno y mudo?  
Imposible, Sinuel, antes muriera.  
CON. ¡Hissém! (Con amor.)

His. Perdón, Sultana: el alma fría  
de ese judío con la edad helada  
el fallo de su ciencia callaría;  
pero jamás un alma enamorada.  
Tú, sólo tú en el mundo me interesa,  
y en amarte no más mi ánima absorta  
toda su voluntad te guarda ilesa,  
y cuanto tú no seas ¿qué la importa?  
CON. ¡Hissém! (Con entusiasmo.)  
His. (Con amargura.)

CON. ¡Mas ay! por nuestra estrella impía  
hoy partiré de aquí, Sultana mía,  
y ahogará, si su curso no torcemos,  
tres años de esperanzas este día.  
CON. Eso jamás, Hissém: le torceremos.  
Renunciar a tu amor es imposible;  
dentro del fiero corazón le halago  
mucho tiempo hace ya y es invencible;  
nada detiene su tremendo estrago.

SIM. A esta fatal pasión ceda primero  
cuanto fui, cuanto soy y cuanto espero.  
Abreme ¡oh sabio! el infernal volumen  
del hondo porvenir, y aunque al saberles  
sus secretos fatídicos me abrumen  
quiero una vez para mi mal leerles;  
quiero saber que a mi destino cedo  
por ruin fatalidad, mas no por miedo.  
His. Vedlo bien, y os advierto que aún es hora  
de la vida mortal ir el camino  
siguiendo a ciegas vale más, señora,  
que penetrar el fallo del destino,  
que es siempre más feliz quien más lo ignora.

CON. Tú me lo has dicho; cada ser que nace  
trae una estrella que su vida rige,  
y por el solo rumbo que ella trace  
se abre la senda que a su fin dirige;  
pues bien, yo quiero ver mi oculta senda:  
si a caer mi sentencia ha de arrastrarme  
antes de hundirme por la sima horrenda  
a su boñ fatal quiero asomarme.

SIM. Pues mirad que esa senda es escabrosa,  
que está escrita con sangre esa sentencia.

- CON. ¡Oh! respetad la nube misteriosa  
que envuelve vuestra mísera existencia.  
SIM. Sucumbid sin luchar, e id animosa  
sin peso tan fatal en la conciencia.  
CON. ¿Sucumbir sin luchar? eso es cobarde,  
y aunque fuera razón fuera muy tarde.  
SIM. Si he de ceder a mi contraria suerte  
no será sin luchar, frente he de hacerla,  
y si es mi estrella el astro de mi muerte,  
si no puedo apagarla ni torcerla  
sabré que atada a su siniestro rumbo  
ella me arrastra, pero no sucumbo.  
(Mostrándola un pergamino.)  
CON. Pues bien, ved vuestro horóscopo.  
SIM. ¿Y qué es esto?  
CON. Los astros en aqueste planetario  
el porvenir os ponen manifiesto.  
SIM. ¿Y a qué este laberinto es necesario  
de rayas quirománticas?  
CON. Señora,  
ahí está para el sabio la evidencia  
de vuestro porvenir; leed ahora  
(Le vuelve el pergamino del otro lado.)  
SIM. reducida a palabras su sentencia.  
CON. (Lee.)  
«Quien consulta este horóscopo va en breve  
tras de duelos y afanes bien prólijos  
víctima a ser de sus ingratos hijos.»  
(Representando.) ¡Cielos! ¿Y esto es?...  
SIM. (Interrumpiéndola.) Lo que cumplirse debe  
CON. ¿Y es verdad, justo Dios, y esto del conde  
de don Sancho mi horóscopo responde?  
SIM. Mas hijo no tenéis. Luego a él se ajusta  
esa revelación con que os lo avisa  
generoso el destino aunque os asusta  
CON. Fatal sentencia es.  
SIM. Pero precisa  
CON. No turbes mi razón con torpe labio,  
fascinando mi fé, viejo rabino.  
SIM. ¿No acontece tal vez que yerra el sabio?  
CON. El hombre acaso, pero no el destino.  
Facil es engañar a una matrona  
que tu ciencia celeste no penetra,  
cuando puede detrás de cada letra  
su horóscopo esconder una corona.  
SIM. Pues el medio elegid que más os cuadre  
el azar en que hayais más confianza  
discurrid, y del hijo y de la madre  
pesaremos la suerte en su balanza.  
Los muertos evocad y os dirán eso;  
apelad a los sueños y eso mismo  
dirán también; y donde quiera expreso  
el agüero veréis y el fatalismo.  
Ya sea que a la suerte se encomiende,  
ya a espíritus terribles se consulte,  
trastórnese el pronóstico o se enmiende,  
eso será no más lo que resulte.

Las vidas de los dos por un sendero  
no pueden juntas ir; las dos no caben;  
y una de entrambos cederá primero;  
mas ¿cuál? los cielos nada más lo saben.

CON.

Vea yo, pues, su voluntad expresa,  
póngalo ante mis ojos un vestigio  
de ese poder incógnito, un prodigio  
hable, y con él mi incertidumbre cesa.

SIM.

O matar o morir es vuestro sino;  
tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

CON.

Pónme, Simuel, patente su mandato,  
y cedo ¡vive Dios! y muero o mato.

SIM.

Pues bien, a verlo vais.

HIS.

Harlo hizo el sabio;

judío, aun queda del amante al labio  
el último resorte: y si a esta nueva  
invención se resiste  
apelaremos a tu ciencia insana.  
Vete.

#### La condesa, Hissem

HIS.

Antes que te arriesgues a esa prueba  
solo un momento escúchame, Sultana.  
Quiérete el moro o muerta, o soberana;  
armas, oro, un ejército te ofrece,  
¿qué más claro el destino te parece  
cuando en tu mano pone esta mañana,  
y a tu antojo abandona  
un lecho funeral o una corona?

CON.

Por cuanto caro en tu existencia tengas  
que a esa prueba infernal nunca te avengas.  
(Con espanto.)

HIS.

¿Con que es verdad, Hissem? Puede su ciencia  
cumplir lo que promete?

CON

HIS.

Veces ciento  
patentizó a mis ojos lo experiencia  
que responde a su voz el firmamento.  
Mil veces en furtiva conferencia  
al soldado, al mendigo, al opulento  
les marcó de su muerte la hora oculta  
y la hora fué de la fatal consulta.  
¡Cielos!

CON.

HIS.

¿Ves esos muebles que su estancia  
cercan en derredor? A su voz todos  
alma recibirán de varios modos,  
aterrando la tuya—. Sí, Sultana,  
todo es misterio aquí; y esas redomas  
que hacen creer a nuestra vista humana  
que contienen espíritus y gomas,  
el elixir encierran de las vidas  
cuyas horas de aliento están medidas.  
¿Es tanto su poder?

Oh, no te asombre,  
todo lo puede con la ciencia el hombre;  
y hombre soy yo también, y tiemblo ahora  
ante esa ceremonia aterradora.

CON.  
His.

No lo acierto a creer.

Le vi mil veces

los muertos evocar de sus conjuros  
al secreto poder, y de sus preces  
con las palabras mágicas; seguros  
sus pronósticos son, y ese que miras  
respecto al porvenir que a tí te espera  
es la expresión de las celestes iras.

CON.

¿Y preciso ha de ser que mate o muera?

His.

Sí, lo mismo que yo.

CON.

¡Cielos! ¿Qué dices?

His.

Salga al fin de una vez del pecho mío  
este fatal secreto; el hado impío,  
ató nuestros destinos infelices.

CON.

No te entiendo.

His.

Oye; a mi importuno ruego

el mío consultó con las estrellas  
el sabio israelita.

CON.

(Con afán.)

His.

¿Y supo de ellas?...

Cuanto anuncióme, realizóse luego.  
Escucha pues, nuestro enlazado sino.  
Tú dependes del conde; a un soplo suyo  
cambiará para siempre tu destino;  
mas yo pendo de tí, mío es el tuyo  
y si no hago que Sancho a tí sucumba,  
nuestro destino es él, él nuestra tumba.  
O él, o nosotros dos.

CON.

¡Es imposible!

His.

O él o nosotros dos, no hay esperanza

CON.

Tú no lo crees, Hissem; jeso es horrible!

His.

Aun yace el fiel de la fatal balanza  
en la mitad del peso equilibrado;  
mas solo un día, una mañana queda  
para que pierda el equilibrio y ceda.  
Resuélvete.

CON.

Jamás.

His.

¿Lo has meditado?

CON.

Sí, y no osarán mis manos a su vida.  
A no verlo yo misma decretado  
claramente en el cielo.

His.

¡Fementidal

así mi amor, mi ayuda, una corona  
renuncias, pese a mí, cobardemente  
y el lazo que a tu vida me eslabona  
rompes tan sin pesar villanamente?  
¡Tu destino desprecias temeraria!  
¿No crees en él?—Yo sí, y para evitarle  
separarte de tí mi suerte varia.

CON.

¡Moro!

His.

Está bien: atiende desde ahora  
solo a sí mismo cada cual, traidora.

CON.

De esa manera Hissem...

His.

(Interrumpiéndole.)

De esa manera

de mi propia cerviz sabré apartarle.

¿Conoces este pliego? (Muéstrale.)

CON. ¡Ah! ¡qué imaginas!  
 HIS. Todo por todo.  
 CON. ¡Corazón de fiera!  
 ¿Qué es lo que vas a hacer?  
 HIS. ¿No lo adivinas?  
 CON. ¡Ese pliego!...  
 HIS. Es tu carta; en ella le haces un encargo a este Hissem que te habla ahora. Lee, lee: «mi esposo sale con sus haces, adle que caiga en emboscada mora.»  
 CON. ¡Cielos!  
 HIS. Cayó; su cuerpo fué comprado a fuerza de dinero, y fué Hissem mismo quien lo trajo a lanzadas traspasado. Tu mano y tu corona has empeñado por tal servicio; cumple, o un abismo te abro, esta carta al conde remitiendo, tus esperanzas para siempre hundiendo.  
 CON. ¡Bárbaro Hissem! ¡y lo pondrás por obra!  
 HIS. ¡Sí, juro a Alá! pues matas mi esperanza en tu reino, y tu amor, todo me sobra. ¡Ah! más te daré venganza por venganza ¡Ay, tuve orgullo en ti mientras me amabas! más hoy, traidora, que mi orgullo ofendes no rindiendo a mi amor cuanto esperabas cual yo, te venderé cual tú me vendes.  
 CON. ¿Yo? ¿Yo venderte Hissem? Sella esa boca, ¿no venderte, que te amo más que al mundo? Calla, ó por Dios que volverásme loca.  
 HIS. Bien, ese amor demuestras tan profundo, Sultana, contra mí cuando atropellas hasta la misma ley de las estrellas.  
 CON. ¿Que me amas dices?—Mientes.  
 HIS. Pues bien, moro  
 CON. Habla: ¿qué exiges de mi amor? responde  
 HIS. Abre un sepulcro.  
 CON. Bien, morirá el conde  
 HIS. Mas ese pliego horrible...  
 CON. Con tus manos  
 HIS. mil pedazos le harás, y este secreto jamás penetrarán ojos humanos.  
 CON. Cúmplase, sí, el recóndito decreto de mi suerte fatal; más pronto sea, antes que calme mi pasión precitá, y este vértigo horrendo que me agita contra mí misma convertido vea.  
 HIS. Hoy mismo.  
 CON. Si.  
 HIS. En la mesa.  
 CON. Sí.  
 HIS. (Llamando.) ¡Judío!  
 HIS. La condesa, Hissem, Simuel  
 Pronto: ¿poséas un elixir que acabe una vida en un punto?  
 CON. Sí.  
 HIS. ¿Que oculte su presencia en el cuerpo?

SIM.

Sí, que lav  
la mano que le ofrezca y que sepulte  
en sombra el atentado grave.  
Tráelo pues.

HIS.

SIM.

HIS.

¿Para quién?

¿No es su destine

o matar o morir?

SIM.

HIS.

SIM.

HIS.

Sí.

Pues lo acepta.

¿Y el conjuro sin ver?

Ese es su sino,  
y de ello siente convicción perfecta  
Venid y os lo daré.

SIM.

CON.

Y a mi palacio

partamos en seguida,  
y aprovechemos el primer espacio:  
que es fuerza que hoy se arriesgue y se decida  
poder contra poder, vida por vida.  
Y amor, y trono, y libertad, Sultana,  
esta tarde tendrás.

HIS

CON

(Volviéndose desde la puerta.)

Moro, descuida.

muerta tengo de ser, o soberana.

HIS. Y SIM.

Vamos.

(Vanse por la salida del fondo.)

El teatro queda un momento solo. El conde aparece abriendo  
una trampa giratoria practicada en un pilar, y Sancho Montero  
tras él calmándole

SAN.

COND.

Señor, calmaos.

No, Montero

déjame respirar; deja que exhale  
su enojo y su pesar un caballero  
que ultrajar mira así lo que más vale,  
mi honor, Sancho: ¿y por quién? Por quien más  
[quiero  
por mi madre.]

SAN.

COND

Señor...

Aparta, Sancho,  
y espacio deja a mis lamentos ancho.  
Deja que sufra en paz, y que me queje  
a solas de mi mal, ya que es preciso  
que aquí en mi corazón le esconda y deje,  
porque el juicio de Dios así lo quiso.  
Porque es su ley que mi justicia ceje  
ante mayor razón, y un paraíso  
lleve en el rostro, mientras roe interno  
mi pobre corazón todo un infierno.  
Dí, Sancho: ¿y tú lo crees? ¿Y esa es mi madre?  
¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!  
¡Ella dando por él muerte a mi padre!  
(Con agitación.)  
¡A mi vida por él osando airada!  
¿Y qué halla en él que a su nobleza cuadre?  
¿Qué ama en él su pasión desventurada?  
¡Pliegues del corazón que solo sabe

Dios, que del corazón guarda la llave:

Serenáos, señor.

(Calmándose de repente.)

Ya estoy sereno.

Y no olvidéis que su traidora ciencia  
a vuestros días aplazó un veneno.

No será la que corte mi existencia;  
no temas por la mía ¡oh, Sancho bueno!

Yo haré caer sobre ellos su sentencia,  
y tal será mi fallo furibundo  
qué asombro cause al venidero mundo

Dichos, Elías

Señor... (Echándose a los pies del conde.)

¿Quién es ese hombre?

Un miserable

señor, que a vuestras plantas humillado  
viene a pedir su vida detestable.

Sancho, ¿quién es?

Señor, el renegado.

¿Cómplice de las tramas infernales  
de esos traidores es?

Sin duda alguna,

y su siervo más fiel.

Por cuanto vales

responde, y dí a tu lengua que reuna  
cuanta sinceridad en ella quepa  
para decir al punto cuanto sepa.

¡Señor!

Lo cierto te valdrá la vida;

dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo  
que aprestaba su ciencia maldecida,  
y que a mi pobre madre fascinando  
la arrastraba al delito más infando?  
Señor, un filtro de poder tremendo  
que al espíritu crédulo estremece:  
un licor que el cerebro enardeciendo  
le fascina, le turba, le enloquece:  
y el ánimo a esta farsa disponiendo  
le hace en falso juzgar de cuanto ofrece  
el pretendido sabio a sus sentidos,  
en visiones y encantos prevenidos.

¡Infames!

Y la fiebre que produce

es un vértigo horrible, es un ensueño  
que a cuanto el sabio necesita induce;  
le hace del alma del paciente dueño,  
y a cuanto la visión falsa le incita  
el crédulo mortal se precipita.

¡Basta! ¡Basta, por Cristo! impía ciencia  
digna no más de moros y judíos;  
artes por mi fatal condescendencia  
hay practicadas en los reinos míos.

Mas hoy concluirán. Sancho, a ese hombre  
que ha asistido a tan torpes sortilegios  
dale muerte.

Señor, aunque os asombre

le concedí la vida en vuestro nombre.

SAN.  
COND.

SAN.  
COND.

ELI.  
COND.  
ELI.

COND.  
SAN.  
COND.

SAN.  
COND.

ELI.  
COND.

ELI.

COND.  
ELI.

COND.

SAN.

COND.

Válganle, Sancho, pues los privilegios de mi palabra real; pero su lengua renegó de su Dios y fuera mengua sin castigo dejar sus sacrilegios. Sancho, en un calabozo eternamente yazga; y privado de la lengua y manos que no pueda jamás aunque lo intente revelar lo que sabe a los humanos. ¡Silencio! Esto ha de ser: un solo acento en la garganta os cortará el aliento. (Sancho le lleva y vuelve.)

El conde

Todos a precio tal su vida estimen los que delito tan odioso entiendan. Sí, mueran antes que a mi madre vendan: caiga la eternidad sobre su crimen. ¡Señor, que el corazón de los mortales desde tu regia excelsitud penetras, y a través de apariencias terrenales lées su verdad en invisibles letras; tú, que con tus miradas paternales mi gran resolución en mí perpetras, tú, que conoces de mi afán lo extenso, benigno acepta el sacrificio inmenso.

El conde, Sancho

COND.

¿Eres tío?

SAN.

Sí, señor.

COND.

¿Está seguro?

SAN.

Sí.

COND.

¿Con nadie hablará?

SAN.

Con alma humana: guárdale solo el callejón del muro, y allí estará al partir.

COND.

De buena gana te perdonara, Sancho, mas no puedo, que aún de mi misma lengua tengo mievo. ¡Pero lloráis, señor!

SAN.

Fuego derramo, sangre que quema mis hinchados ojos. ¡Ah! moderad, señor, tantos enojos. Sancho, voy a inmolar lo que más amo. ¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro porque voy a perder en un momento la madre criminal en quien adoro, y el honor, que aprecié más que el aliento. ¿Lo ofste? Hijo vil que la esclaviza apellidarme osó delante de ella esa canalla ruin que me la hechiza con las necias patrañas de su estrella. Y calló... ¡Ah! todos hoy serán ceniza, todos caerán bajo mi airada huella. ¡Todos!

COND.

SAN.

COND.

SAN.

(Con asombro.)

COND.  
SAN.  
COND.

Si.

¿También ella? (Más.)

Sancho, tente,

no temas nunca que a mi madre atente,  
Siempre de entre los dos será primero;  
de mi madre o mi honor, mi honor sucumba;  
al suyo ceda el universo entero,  
y ábrase al hijo envilecida tumba.  
Sobre mí su baldón que caiga quiero,  
y pues mi honor por ella se derrumba,  
que a mí tan solo su baldón me siga,  
y el universo entero me maldiga.

SAN.  
COND.

¿Qué es lo que habláis, señor, que no os entiendo?  
No lo entiendas jamás si vivir quieres  
Este secreto formidable, horrendo,  
si lo aciertas tal vez, cállalo o mueres.  
¡Ah!... el sacrificio colosal comprendo  
y me espanta, señor.

SAN.

COND.

Si leal eres,

Sea tu corazón su eterno abismo.  
Callando imitaré vuestro heroísmo.  
No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta  
tamaño abnegación; que al fin, Montero,  
para mí nada más será funesta.  
Mas a mi fama mi deber prefiero;  
su hijo nací; mi obligación es esta,  
y obraré como debe un caballero.

SAN.  
COND.

Sabré, aunque el mundo me acrimine un día,  
que obró mi corazón como debía.

SAN.  
COND.

Culpe, señor, vuestra fatal estrella.  
No; la virtud a medias no practico.  
Sancho, no quede de mi hazana huella;  
ignore el mundo lo que no le explico.  
Entre mi madre y yo, primero es ella:  
venza pues, cuanto soy la sacrificio.  
Quede por siempre limpia su memoria.  
y eche en mí solo su borrón la historia.  
Mas el judío...

(Al entrar Simuel, el conde se emboza y Sancho se aparta—. El judío se asombra de hallarlos allí.)

El conde, Simuel Benjamín, Sancho

SIM.

(Al ver al conde.)

COND.

¡Dios!  
(Yéndose a él.)

SIM.

¿Qué hay que te asombre?  
Todo lo oí, y del conde la mancilla  
tú mismo has de lavar.

COND.  
SIM.  
COND.

Fantasma u hombre,  
¿quién te trajo hasta aquí? ¿cuál es tu no:  
[bre?

Dobla para escucharle la rodilla.

¿Yo? ¿y a quién?  
(Descubriéndose.)

A don Sancho de Castilla.

(Queda don Sancho, desembozándose en una actitud que revele toda la dignidad de su carácter, y cae a sus pies el judío. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

Decoración cerrada, que representan un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da a las habitaciones de la condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha otra que da a un camarín. En el opuesto otra ídem. En el fondo otra, con vidrieras de colores que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del conde. —Mesa y dos sillones

El conde, Simuel entrando por la puerta del fondo

COND.

¡Y a mi palacio así, por vida mía!  
en el silencio de la noche obscura  
este oculto camino te traía!

SIM.  
COND.

¡Señor!  
(Con desprecio.)

Y estás temblando de pavora  
con solo preguntártelo, ¡cobarde!  
¿y eres tú quien penetra los destino  
de mi familia? ¡de ello harás alarde  
tan solo entre mujeres y asesinos!  
¡Vive Dios! si quien eres no mirara  
y no viera quien soy, torpe gusano,  
en polvo entre mis manos te tornara;  
más te honrara matándote mi mano.  
¡Eh! no temas imbécil, de la mía,  
que victoria tan ruin me humillaría.  
En fin, si has de salvarte, solamente  
hay un medio y lo sabes; sé prudente  
y dime al cabo y por la vez postrera  
si riesgo alguno el individuo corre.

SIM. Probadlo en mí, señor, si eso os altera  
y mi existencia vuestra duda borre.

COND. De traidores cual tú todo lo temo:  
fueras capaz por conseguir venganza  
de llevar la traición hasta ese extremo.

SIM. Señor tan singular desconfianza  
es indigna de vos. Arrepentido,  
sólo ese medio espero de obligaros,  
si no al perdón, al menos al olvido.

COND. ¡Y ni aun con mi existencia osáis fiarós!  
Al miedo creo de que estás transido  
más que a todos tus lógicos reparos:  
pero solo, Simuel, solo a este precio  
cederá mi venganza a mi desprecio.  
Piénsalo bien, y solo de este modo  
todo lo aparto y te lo olvido todo.

SIM. Y a vuestros pies, señor...

COND. Alza, rabino  
y ojalá que hoy mi liberal clemencia  
de conocer te ponga en el camino  
del solo Dios la verdadera ciencia.

SIM. ¡Ah, y mientras viva rogaré al destino...!

COND. Ten esa lengua vil, y en mi asistencia  
no invoques más poder ni más ayuda  
que la de Dios en quien tu ciencia duda.  
Sígueme.  
(Abre el camerín de la izquierda y le dice mostrándosele:)

COND. En esta estancia, retirado  
y en silencio estarás: aquí tu suerte  
esperarás, y el término fijado;  
y el éxito será de tu bebida  
el fallo de tu muerte o de tu vida.  
Entra, y míralo bien.  
(Le cierra y guarda la llave.)

#### El conde

Tiemblo y me espanto  
cuanto medito más la horrible idea.  
¡Que mi madre ¡ay de mí! me obligue a tanto!  
¡Que ella la criminal, mi madre, sea  
causa de mi baldón y de mi llanto!  
¡Ella echar sobre mí mancha tan fea  
sin que pueda decirse en pró del bueno.  
«¡Lleva la mancha del delito ajeno!»  
Arráncame, buen Dios, del pensamiento  
esta idea cruel, desgarradora:  
sopla en mi corazón virtud y aliento  
que resista su fuerza tentadora:  
pon en mis manos y en mi lengua tiento  
para obrar y decir desde esta hora  
lo que cumpla no más al sacrificio  
que comprende no más tu excelso juicio.  
(Llaman a la puerta que da al exterior.)  
¿Quién va? (El conde abre y sale Sancho.)

- COND. Sancho, ¿qué has hecho? Puntualmente  
 SAN. vuestro encargo, señor, dejo cumplido
- COND. ¿Le traes?  
 SAN. Se resistió bizarramente,  
 pero por fin al número ha cedido.  
 ¡Muerto!
- COND. No: me mandásteis solamente  
 SAN. que le apresara, y preso os lo he traído.  
 COND. Está bien. ¿Y la carta?  
 SAN. Iba a romperla,  
 mas no le dí lugar.
- COND. Trae, Sancho, a verla.  
 (Sancho le da el pergamino que Hissem mostró a la  
 condesa en la escena X del acto II. El conde le toma,  
 le mira, y le guarda. Después se vuelve diciéndole  
 con mirada penetrante:)  
 ¿La leiste?
- SAN. Mis ojos jamás osan  
 adonde mi señor pone los suyos.
- COND. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan  
 para velarme, pues, guarda los tuyos.
- SAN. Lince seré, señor, que vigilante  
 no los quite de vos solo un instante.
- COND. Tú eres mas ¡oh, Sancho! mi consuelo:  
 hoy a mi madre cuanto tengo inmoló.  
 y si tu lealtad me roba el cielo,  
 en la tierra desde hoy quedaré solo
- SAN. Señor, antes la luz al medio día  
 ha de faltar al sol: antes al viento  
 ha de faltar impulso y armonía,  
 y a las corrientes aguas movimiento,  
 y al suelo sombra en la enramada umbría.  
 y al águila el espacio y ardimiento,  
 y al mar arenas, y al coral esmalte,  
 que a vos mi aliento y corazón os falte
- COND. Gracias, Sancho leal; bien necesito  
 un corazón que con el mío lllore  
 cuando la mancha de su vil delito  
 a los ojos del mundo me desdore.  
 Tú solo entonces me darás consuelo  
 de mi secreto cruel depositario,  
 y en tanto, por mi bien, pídele al cielo  
 que el valor no me niegue necesario.
- SAN. Si ha de mi vida menester la vuestra  
 hablad, señor, la inmolaré tranquilo.
- COND. No, Sancho: ante otra muerte mas siniestra  
 que la del cuerpo material vacilo.  
 Ante otra precisión tiembla mi diestra,  
 no acostumbrada a tan traidor estilo,  
 y recelos recónditos me oprimen;  
 que aunque es una virtud parece un crimen.  
 Mas no es posible que tu mente mida  
 la intensidad de mi pesar. Montero,  
 a ese hombre guarda hasta que yo le pid

que no habie a nadie; y de que bien vigilen  
mis castellanos por los muros cuida.  
Mas que muchos a un punto no se apilan  
no astuto el moro de las sierras vea  
que vamos a salir a pelea.  
¿Cuándo será, señor?

SAN.  
COND.

Al medio día.

Mas antes de partir, frugal y corta  
comida haremos, a costumbre mía.  
Tú solo en ella que nos sirva importa.  
Señor...

SAN.  
COND.

Siempre afanoso, Sancho, se halla  
el corazón más noble y más valiente  
a punto de arriesgar una batalla:  
y es bueno que este afán vele a su gente,  
no vacile o murmure la canalla:  
dispón pues que nos sirvan de repente  
vianda que se ajuste a nuestra prisa  
Cubre la mesa y a mi madre avisa  
(Vase Sancho.)

El conde

Llegó la hora fatal y estoy resuelto.  
Quiero salir cuanto antes de este horribl  
vapor de crimen en que vivo envuelto,  
que esta duda infernal me es insufrible.  
Queden cumplidos de una vez mis votos.  
y sus intentos para siempre rotos.  
Oigo pasos... es ella... me retiro,  
Siento que suerte tan fatal la aguarde.  
De aquí la acecho y sus acciones miro  
no quiero que mi vista la acobarde  
(Entra en el camerín de la derecha.)

La condesa, saliendo de su aposento

¡Ay! Parece que tengo en el cerebro  
una hoguera voraz: y a par que él arde.  
dentro del pecho con aliento escaso  
siento que helado el corazón me late.  
Trémulos van mis pies por mis salones  
sin cierto rumbo y voluntad llevándome.  
y siento retumbar dentro del pecho  
el lento son de cada paso que hacen.  
Cada murmullo que en el aire suena,  
cada cortina que estremece el aire,  
que anuncian un espectro me parece  
que con callado pie tras de mi sale.  
Si al reposo me entrego algún momento  
y al sueño cede mi cansancio grave,  
de espantosos delirios asaltada,  
presa despierto de pavor más grande.  
No puedo más con tan odiosa vida,  
quiero ahogar de una vez tantos afanes.  
Sí, que se cumpla mi destino quiero;  
ya que ha de ser al fin inevitable.

- CON. ¿Quién es? Sancho. (¡Ay de mí! Temblé al sentirle.)  
Yo soy, señora. ¿Qué ordenáis?
- SAN. ¿Qué traes?
- CON. De mi señor las órdenes cumpliendo,  
viandas son.
- SAN. ¡Tan pronto!
- CON. A la lid parte,  
y con permiso vuestro de hoy dispon  
que la primer comida se adelante.  
¿Vos le acompañaréis?
- SAN. Sí.
- CON. Despedirse  
querrá de vos por si malogra el trance.  
Es justo, Sancho: sus mandatos cumple  
y al cielo ruega que le ayude y guarde.  
SÍ rogaré, mas como buen vasallo  
iré luego con él para ayudarle.  
(Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;  
CON. hidalgo en eso lo que debes hacer.  
(Me da este hombre rubor.)
- SAN. Ya está la mesa.  
Al conde avisaré cuando gustáreis  
No, Sancho, no; le avisaré yo misma.  
CON. Como os plazca mejor.  
SAN. Así me place.
- Sal.

En condesa

Ya estoy sola y la ocasión es esta.  
¡Ay! mi razón se turba en tal instante,  
y en cuanto me rodea veo atónita  
la mano del destino formidable.  
Esta mesa, esta estancia solitaria...  
Parece que a propósito lo hacen!  
Cielo, de mi virtud siempre enemigo,  
¿a qué ponerme la ocasión tan fácil?  
¿No bastaba ¡ay de mí! que consintiese  
débil mi corazón en despeñarme  
sin que a la boca de la sima horrenda  
me trajeras tú mismo que lo sabes?  
Ea, vamos, ayúdame, ¡oh infierno!  
(Saca del pecho un pomo.)  
Ya la copa fatal tengo delante,  
y mi estrella y amor así lo quieren...  
¡Ay! pero tiembla el corazón cobarde  
Tiembla mi mano la letal ponzoña  
sintiendo entre los dedos ¡miserable  
de mí! ¿Cómo he de verle a impulso suyo  
palidecer, temblar y desplomarse?  
Yo no amaba a su padre: en una carta  
fácil era decir: «Vá al campo, mátales.»  
¡Pero a él yo misma, con mi propia mano,  
tranquilo el corazón, serio el semblante.

dársela... no; le tuve en mis entrañas  
 tiene mi mismo ser, mi misma sangre;  
 no, no; que viva, y cámbiese el destino.  
 ¡Hijo mío! ¡Infeliz! me acuerdo tarde.  
 Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,  
 pues hoy de Burgos contra moros parte,  
 y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!  
 pondrá en sus manos mi secreto infame  
 Esa carta fatal que mi deshonra  
 al universo entero hará palpable,  
 y a seis años de hipócritas virtudes  
 el velo criminal fuerza es que arranque.  
 Y el insolente vulgo castellano,  
 y el vulgo vengativo de los árabes,  
 ponderando mi crimen a porfía,  
 insultarán mi nombre y mi cadáver.  
 ¡Maldita fué de mi nacer la hora!  
 ¡Maldito el sino que a la tierra traje,  
 tigre sedienta de la sangre mía  
 sin que jamás con la vertida me harte!  
 ¡Y no hay más esperanza, no! Si el pliego  
 llega a sus manos y su escrito sabe  
 que conoce ya el vulgo, él mismo airado,  
 él mismo por su honor vendrá a matarme;  
 sí, que no torcerá de su justicia  
 la recta ley ni por su propia madre.  
 El morirá tras mí de pesadumbre,  
 de deshonra y de horror si a tanto osare.  
 mas osara, que es su ídolo la gloria,  
 y es de justicia testimonio grande.  
 Muera; retroceder es ya imposible;  
 ante el destino la conciencia calle,  
 muera, sí; pues mi horóscopo lo ordena,  
 no yo, sino el infierno es quien lo hace  
 (Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)  
 ¡Cayó! Veo a la muerte descarnada  
 por detrás de los bordes asomarse  
 de la ancha copa, y con la seca mano  
 y sonrisa diabólica llamarme!  
 No, no hay remedio ya. Mas ¿si no bebe?  
 ¿Si hace un descuido que de copa cambie?  
 Ambas a dos las dejare servidas  
 y él tomará la que le esté delante.  
 (Llena de vino las dos copas y pone la de oro en que  
 está el veneno, en el sitio del conde.)  
 Cúmplase, pues, nuestro fatal destino.  
 que tumba al uno de nosotros abre!  
 Para uno de los dos guarda esa copa  
 de la callada eternidad la llave.  
 (Cae en el sillón desfallecida.)

La condesa, el conde después de contemplaria un momento

COND.  
 CON.  
 COND

Madre mía.  
 (Espantada.) ¿Quién es? ¡éll!  
 ¿Qué os espanta  
 de ese modo, señora. en mi semblantel

- CON. (Se me hiela la voz en la garganta,  
Sancho, no extrañes si de mí delante  
viéndote me turbé, que me quebranta  
saber que a lidiar vas. (Terrible instante.)
- COND. Tal es mi obligación, guardar mi tierra  
antes que en mala paz en buena guerra.
- CON. Siempre es la guerra tu primer deseo:  
tu primer pensamiento las batallas  
tu más galán y acomodado arreo  
el casco duro y las tupidas mallas,  
Siempre dispuesto a pelear te veo;  
siempre a la paz inconvenientes hallas,  
y entre tanto tus pueblos desdichados  
quedan con lo mejor; pero asolados.
- COND. Madre, os vende la voz vuestro deseo  
y habláis como mujer de las batallas  
siempre enemiga y militar arreo.  
Si en vez de yelmos y tupidas mallas  
la seda usando a que inclinada os veo  
puesto a su torpe paz no hubiera vallas.  
los árabes mis pueblos desdichados  
me dejaran con paz, pero asolados.
- CON. Un enemigo que la paz implora  
leal será, pues serlo necesita.
- COND. Madre, eso no habla con la gente mora,  
raza salvaje que el desierto habita:  
se humilla al vencedor, pero traidora  
en oportuna rebelión medita.
- CON. Es, Sancho, esa opinión harto extremada.
- COND. Leed la historia de la edad pasada.  
Siempre fueron lo mismo; los detesto  
y más reñir con ellos me acomoda  
que haberlos de sufrir.
- CON. Y a pesar de esto,  
Sancho, a pesar de tu arrogancia toda  
lejos ahora están de tus fronteras.
- COND. No tan lejos, señora; esos peñascos  
guarecen a su sombra sus banderas,  
corvos alfanjes y redondos cascos.
- CON. Esas noticias son...
- COND. Harto seguras;  
desde el balcón del camarín vecino  
se alcanza por las hondas quebraduras  
de sus turbantes el revuelto lino.
- CON. Moros, Sancho, enemigos tus antojos  
te pintan por doquier.
- COND. Madre, vos misma  
verlos podeis por vuestros propios ojos.
- CON. (El en su misma perdición se abisma:  
todo su mala estrella lo previno,  
y es inútil luchar con el destino.
- COND. Ved el balcón, llegad.  
(El conde le invita a que entre en el camarín; la condesa no llega más que al dintel de su puerta, volviendo la espalda a don Sancho.)
- CON. (No tengo audacia  
para mirarle al rostro.)

COND.

(Aun tengo miedo  
de este infernal brebaje a la eficacia.)

(Saca un pomito.)

¿Lo veis?

No.

Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea,  
de su misma traición víctima sea.)

(El conde vierte el licor que contiene el pomo en  
la copa de plata que la condesa ha colocado en su si-  
tío, mientras ésta mira por el balcón. Al punto de  
verter el líquido el conde, aparece Sancho, que le dice  
aterrado.)

El conde, la condesa, Sancho Montero

SAN.  
COND.

¡Señor! (Aparte al conde.)

(Aparte a Sancho.)

Silencio—. En fin al cuerpo demos

el nutrimento necesario y justo

los que muy pronto pelear debemos.

Sancho, sirvenos ya lo que tenemos,

si es de mi madre voluntad y gusto.

(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando al rededor  
de la mesa frutas en canastillos, etc., etc., y en el  
aparador platos de plata, ánforas para los vinos etc.,  
sale otra vez a buscar la vianda pedida por el conde.)

(Don Sancho, apoyado en el espaldar de su sillón,  
contempla a su madre, que afectando mirar por el bal-  
cón que se supone en el aposento inmediato, mostra-  
rá su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la  
triz.)

El conde, La condesa

CON.

(¡Siento los pies clavados a la alfombra,

y siento que en latido atropellado

hielo es mi corazón, mis ojos sombra!

Dame, infierno, el valor desesperado

que esta ocasión tremenda necesita.)

(Aparte.) Su crimen ¡infeliz! ¡cuánto la asombr

(Aparte.) Cúmplase todo; pero pronto sea,

antes que calme mi pasión precita,

y este vértigo horrible que me agita

contra mí misma convertirse vea.

(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

El conde, La condesa, Sancho Montero

COND.  
CON.  
COND.  
CON.

Madre.

Héme aquí. (Con resolución.)

Cuando gustéis.

Ahora.

(Se sientan.)

Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga

de ese magro tasajo lonjas haga.

(A la condesa.)

Y vos tan triste no os mostreis, señora:

CON.

- comed y despejad el rostro adusto  
 Con la causa leal que defendemos  
 Dios nos querrá ayudar y venceremos  
 (No puedo apenas respirar de susto.)  
 (De zozobra y de espanto no respiro  
 mientras las copas preparadas miro.)  
 (A la condesa.)  
 ¿Mas no comeis? Efímeros temores  
 desechad, madre mía.  
 Siempre fuimos nosotros los mejores,  
 y espero en Dios que nos dará un buen día  
 ¡Su voz me aterra!)
- CON.  
 SAN.
- COND.
- CON.  
 COND.
- CON.  
 COND.
- CON.
- COND.  
 CON.
- CON.
- CON.  
 COND.
- CON.
- CON.  
 COND.
- CON.  
 COND.
- COND.  
 CON.
- COND.  
 CON.
- COND.  
 CON.
- (¡Acabe esta agonía!  
 Ea, madre, por si es la postrimera  
 que juntos ambos apurar debemos,  
 asid la copa y apurala entera;  
 pues si dejarla en la mitad os vemos,  
 que temblais por la suerte que me espera  
 o en mi valor dudáis, recelaremos.  
 ¡Yo, Sancho!  
 Ea, brindad a mi fortuna  
 y hollará mi corcel la media luna.  
 (Asiendo su copa con un movimiento convulsivo  
 desesperado.)  
 Sea.  
 } Bebamos.  
 ( Elconde acerca la copa a sus labios y mira beber a  
 la condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la  
 boca dice:)  
 Todo está cumplido.  
 (Al dejar la condesa su copa vacía sobre la mesa deja  
 el conde llena la suya, la condesa lo mira y exclama  
 aterrada:)  
 Mas ¿qué miro, ¡gran Dios! tú no has bebido?  
 Ni beberé jamás, que es sino nuestro.  
 (Se levantan )  
 ¡El sino atroz de nuestra estrella sabes!  
 Pues os hice beber, que sé demuestro  
 que el uno de los dos...  
 (Interrumpiéndole.) Sancho, no acabes.  
 ¡Te comprendo muy bien, y el fin siniestro  
 veo que das a mis delitos graves!  
 Ambos a dos tenemos en las venas  
 sangre de maldición, sangre de hienas  
 ¡Dadme fuerzas, Señor!  
 (Con desprecio.) ¡Y al cielo invoca!  
 Necio, no van allí nuestras plegarias,  
 Solo al infierno apadrinarnos toca  
 nuestras culpas que alienta hereditarias.  
 ¡Madre!  
 ¡Ay de mí! que en la desierta boca  
 se apagan los sonidos... Solitarias  
 van mis ideas por la mente loca  
 girando... Sancho... mi secreto encierra...  
 ¡no dejes tal baldón sobre la tierra!  
 (La condesa, que hablando así habrá ido acercándose

...a la puerta de su habitación, entra en ella figurando caer desvanecida. El conde cierra las puertas.)  
(Horrorizado.)

SAN.

¡Qué habéis hecho, señor! ¡Muerta!

COND.

(Con fiereza.)

¡Villano!

Si osas de Sancho murmurar tal mengua voy a arrancarte con mi propia mano de la garganta vil la torpe lengua.  
¡Señor!...

SAN.

COND.

En casos por mi honor medidos cree primero a mi honor que a tus sentidos.  
Vamos.

(Sancho queda a un lado humillado y sin moverse. El conde contemplándole dice:)

(Aparte.) Su miedo la ignorancia abulta.

¡Dichoso de él, que comprender no sabe que en nobles quepa lo que en él no cabe!

(A Sancho.)

Sancho, el moro.

El conde

Y a pesar de todo

en esa horrenda pócima no fio,  
¡ay de mí! y a creer no me acomodo  
en las protestas del traidor judío.  
¡Perdona si te trato de ese modo,  
madre, no culpes el intento mío,  
y al contemplar tu suerte venidera  
piensa en la suerte que por ti me espera.

El conde. Hissem, a quien conduce Sancho, que se marcha a una señal del conde

(El conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

COND.

Contemplándote estoy y a vueltas ando  
¡vive Dios! con la saña que me inspiras  
y el desprecio que siento por tu bando.

HIS.

No temo tu desprecio ni tus iras.  
Al árabe el horror nació contigo  
como el horror a tu nación, cristiano,  
el día en que nació conmigo.

COND.

¡Aún te atreves a hablar, traidor pagano!  
¿Olvidas que me ha dicho esta mañana  
en la gruta del viejo israelita  
tu lengua misma tu traición villana?  
¿que tu presencia mi furor escita,  
y que el recuerdo de tu ruín ultraje  
tu sangre está pidiendo a mi coraje?

HIS.

No receles que el miedo entre en mi pecho.  
contrario tuyo hasta el postrer suspiro  
cuanto osé contra tí doy por bien hecho.  
ni me arrepiento ni a perdón aspiro.  
¡Tú me desprecias! Yo también.

COND.

Me espanta  
el ver que en solo un hombre cabe puede  
con tan grande traición audacia tanta

Hi

Conde, a la tuya mi altivez no cede.  
Nunca esperé de tí más que ira y guerra  
no esperes mas de mí que guerra e ira:  
si ira a mi grey tu corazón encierra

COND.

Ira a tu grey mi corazón respira.  
Ira noble ¡pardiez! guerra tan solo  
digna de infieles cual vosotros: luch  
cobarde y baja, de traición y dolo.

HIS.

Propia contigo de mi raza... escucha.  
No de esa ira vulgar que al fin se acalifa  
sangre enemiga sin piedad virtiendo  
en el ciego furor de una batalla,  
no; mas ansiaba mi furor tremendo.  
Mi padre, mis hermanos, mis amigos  
cayeron al furor de tu cuchilla  
en buena lid, cual nobles enemigos,  
de cara a los pendones de Castilla.  
Cuanto adoré me la arrancó tu guerra,  
padre, amor, amistad... y otra esperanza  
no quedándome ya sobre la tierra  
abrasóme la sed de la venganza.  
Velé, inquirí, maquinador y astuto  
a los reyes de Córdoba y Sevilla  
de mi venganza interesé en el fruto  
y vengarles juré... con tu mancilla.  
¡Traidor!

COND.

HIS

¡Tú me desprecias! oye ahora  
cuánto ha podido mi venganza mora.  
En tu tierra y palacio introducido  
mirándote leal, franco y valiente,  
que ha de ser a tu orgullo, he deducido  
mayor venganza, la que más te afrente.  
Vi que te era el honor más que el sol caro  
y al de tu madre osé; vi que dejaste  
en Burgos a tu padre sin amparo  
cuando a su autoridad te rebelaste  
y a tu padre apresté sorda emboscada  
y en tí cayó la culpa de su muerte.  
Tu gloria y tu virtud dejó manchada,  
castellano feroz; escarnecerte  
puede el vulgo en tu madre deshonrade  
y de tu padre en la sangrienta suerte.  
Todo esto es obra mía. Sacia ahora  
tu sed de sangre con mi sangre mora.  
Sí haré; mas antes enseñarte quiero,  
pues tu furor encomias africano,  
su limpio honor para guardar entero  
lo que puede el furor de un castellano  
Te jactas de dejar en mi linaje  
un inmundo borrón y en mi corona  
para robar el amor de una matrona  
de mi estirpe real? ¿Tamaño ultraje  
piensas que quede por su parte impune  
porque títulos mil en su persona  
contra mi ley justísima reune?  
Mientes, infiel; la gente venidera  
cuando ose recordar que fué liviana

COND

se espantará de la venganza fiera  
con que lavé mi estirpe soberana.  
No; ni un testigo dejaré siquiera  
que deshonre a la noble castellana,  
y quedará en la sombra más profunda  
bajo otro crimen su pasión inmunda.  
Mira.

(Abre el camarín y le muestra a la condesa.)  
(Espantado.) ¡Tu madre!

Sí; contempla ahora  
con qué sed beberé tu sangre mora.

Solo con sangre ese baldón se lava  
mas no basta la tuya solamente,  
africano traidor; en tí se acaba  
mi indulgencia y piedad para tu gente.  
Para nadie la habrá; no: esos dos reyes  
que para tí me dieron credenciales  
al abrigo poniendo de mis leyes  
de sus embajadores los puñales,  
hoy me conocerán. Perros traidores,  
que el campo abandonáis de las batallas  
y pagáis asesinos vengadores  
detrás de vuestras torres y murallas;  
veo que a vuestros nobles vencedores  
vuestro pavor servil no hallando vallas  
apresta una venganza mas segura  
envuelta en noche de traición oscura.  
No he de olvidarlo; vuestra raza entera  
la mancha blanqueará de esta mancilla.  
Grajos viles, que espanta mi bandera,  
son los reyes de Córdoba y Sevilla;  
y yo haré con sus reinos una hoguera  
a cuya luz, delante de Castilla  
irán como espantados jabalíes  
al salvaje compás de sus «lelles».

Infiel tengo que ser con los infieles;  
vil he de ser con quien por vil me toma:  
sangre habrá; vuestros blancos alquiceles  
rojos serán; y pues la guerra os doma  
pesebres han de ser de mis corceles  
los profanos altares de Mahoma,  
y las ricas doncellas africanas  
esclavas de mis pobres castellanas.

Moro, en prenda de guerra inextinguible  
voy a mandar tu tronco y tu cabeza  
a esos reyes que dieron por posible  
que ahogaras tú mi vida y mi grandeza  
Yo he reservado ese licor terrible  
para tí; bebe pues, y con fiereza  
el cuello dobla de la muerte al yugo.

En Castilla no le hay, sé tu verlugo.  
No es necesario que a morir me ayude  
con ira o con piedad ningún cristiano.  
(Toma la copa.)

Mientes si piensas que al asirla dude  
medroso el corazón, débil la mano;  
no; que aun valor al corazón me acude

COND. para decir muriendo a un castellano;  
Ni quiero tu perdón, ni lo merezco:  
tu enemigo nació y aun te aborrezco  
(Bebe.)  
Digna de mejor causa es tu osadía.  
Dios te la tome en cuenta. ¡Sancho!

El conde, Hissem, Sancho Montero

COND. (A Sancho.) Espera.  
que los ojos ese hombre cierre al día  
y agúardale allí dentro hasta que muera.  
HIS. No he de tardar. A mi sepulcro guía:  
me avergonzara que caer me viera,  
no imaginara que en aquel momento  
le imploraba perdón, falto de aliento.

El conde

Mi debe, con el mundo está ya lleno;  
mas ¡ay! réstame aun mi sacrificio;  
beber el cáliz de dolor ajeno,  
levantarme yo mismo mi suplicio.  
Esta tribulacion pesa, ¡oh Dios bueno!  
en la balanza de tu eterno juicio:  
y espie mi desmán contra mi padre  
la ofrenda colosal que hago a mi madre.  
(Montero se presenta a la puerta del camarín donde  
metió a Hissém; el conde al verle dice espantado:)  
¡Sancho, tan pronto!

S. N.  
COND. De espirar acaba.  
Me horrorizó mirando si lo bebo  
el desastrado fin que me esperaba.  
Bien hice; en calma la conciencia llevo.  
Separados están; su fé lo estaba,  
y un porvenir igual darles no debo;  
no, obre cristiano; sin piedad le inmolo;  
baje a la eternidad, mas baje solo.  
Mas concluyamos de una vez; no quiero  
dejar a la mitad tan grande hazaña  
que fuera necio; ayúdame, Montero.  
(El conde y Montero sacan a la condesa desvanecida  
en un sillón. La colocan en la escena, y  
el conde abre el camarín en que encerró al judío.)

El conde, la condesa, Simuel Benjamín, Sancho

COND. (Al judío.)  
Vamos, judío, de tu ciencia extraña  
el poder misterioso manifiesta.  
SIM. Paso me haced, mi mano está dispuesta.  
(El judío se acerca a la condesa y sacando de una  
bolsita de piel una pequeña redoma, se la aplica  
al olfato. El conde y Sancho lo contemplan con  
ansiedad.)  
Dejadla reponer muy poco a poco,

la excitación de su cerebro loco  
de violenta impresión será funesta.  
¡Oh, vuelve!

Sí; respira; en grato sueño  
reposaba, y si el tiempo que la espera  
no ha de ser más tranquilo y halagüeño...

¡Ay!

Silencio, rabino; todos fuera.  
(Sancho Montero y el judío salen por la puerta del  
fondo. El conde se aparta a un lado de la escena, y la  
condesa empieza a volver en sí.)

El conde. La condesa

¿Dónde estoy? ¿Quién me turba mi reposo?  
En deliciosa paz soñando estaba,  
y ¡ay de mí! con qué sueño tan hermoso  
mi apesarado espíritu gozaba.  
Sueño de luz, de calma y de ventura  
con encantada música arrullado,  
de cielo azul a la influencia pura  
por perfumadas auras oreado.  
¡Cuán odioso es volver tras este sueño  
a la verdad de la azarosa vida!  
Mas... ¡qué recuerdo!... ¡Sí, con torvo ceño  
le sombreó visión descolorida!  
La ví a lo lejos, sí, los resplandores  
cruzar de horizonte luminoso  
fijando en mí sus ojos vengadores;  
los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.  
Mas ya desapareció.

(Se va a volver, y ve la mesa con las copas, etc.)

¡Cielos! Qué miro!

Esa mesa... esa copa... (La mira.) ¡Está vacía!  
le habrá costado hasta el postrer suspiro.  
Infeliz; ¡hijo mío!

(Al volverse del otro lado, encuentra a don Sancho  
que la tiende los brazos.)

¡Madre mía!

¡Sancho!

Madre, perdón; si a tanto he osado  
en el libro de Dios estaba escrito.  
Pero esa copa... (Con afán.)

La apuré el culpado;  
la tumba guarda ya vuestro delito.  
Mirad.

(La muestra el cuarto en que se supone que yace  
Hissein.)

¡Gran Dios!

El es: él, que os vendía  
de torpe amor bajo el impuro velo  
y a vuestra perdición os conducía.

¡Ah! ¡No lo mientes ya!

No, madre mía.

Yo juzgo su traición, su amor el cielo.  
Gracias, Sancho: aunque lágrimas me cuesta,  
no volverle a encontrar quiero en el mundo.

COND.  
SIM.

CON.  
COND.

CON.

COND.  
CON.  
COND.

CON.  
COND.

COND.  
COND.

CON.  
COND.

CON.

COND.

que me arrastraba su pasión funesta.  
Guardadlo en el silencio más profundo,  
madre, y romped ese padrón infame  
(La da el pliego que Sancho quitó a Hissem.)  
de vuestro deshonor; ya no hay ahora  
quien esa prueba contra vos reclame.  
¡Hijo mío!

CON.

COND.

Y oíd, madre y señora,  
que pronto es fuerza que el clarín me llame  
para salir contra la hueste mora.  
y antes de mi cariño daros quiero  
la última prueba, y el adios postrero.  
Si habéis manchado vuestro honor liviana  
fea fragilidad en vos ha sido,  
mas carga fué de nuestra raza humana  
y frágiles al mundo hemos venido.  
Mas decir que una noble castellana  
quiso al hijo matar de ella nacido  
no ha de poder el mundo, madre mía  
mientras ayude Dios a don García.  
Expuesto al vulgo su cadáver frío  
a mis puertas será: tumba mentida  
tendréis vos, y ese crimen será mío.  
Sí, de Oña en los peñascos escondi  
monasterio fundad triste y sombrío  
do el funeral os rezarán en vida;  
mas circunde ese santo monasterio  
siniestro y espesísimo misterio.  
Créale todo el mundo alucinado  
como eterna señal espiatoria  
sobre el sepulcro vuestro levantado  
de un parricida vil torpe memoria.  
Mas antes que el sepulcro el templo alzado  
penitente vivid: mienta la historia,  
y antes que vuestro honor por mí sucumba  
ábrase al mío deshonrada tumba.

CON.

COND.

¡Tú! ¿Tú arrostrar de mi pasión funesta  
la deshonra? Jamás. Morir prefiero,  
Madre, no recordéis lo que me cuesta  
tamaño abnegación; mas yo lo quiero.  
Vuestro hijo soy, mi obligación es ésta,  
y obraré como cumple a un caballero:  
sabré, aunque el mundo me acrimine un día  
que hijo fué para vos Sancho García.  
Ni una palabra más, madre, ni una.  
Partid: gloria y honor os sacrifico,  
y puede una palabra inoportuna  
hacerme vacilar; que es don muy rico  
el que la gloria y el honor aduna.  
Montero irá con vos, os lo suplico,  
y en la próxima noche idos segura  
con gente fiel y con la niebla obscura.  
Sí, Sancho, partiré desde esta hora  
a socavar mi funerario lecho  
donde yacer en paz; mas que tu pecho  
no me guarde rencor.

CON

COND.

Nunca, señora-

Ca

Yo de mi celaa en el recinto estrecho  
del Dios que escucha a quien con fé le implor  
atraeré sobre tí y sobre tu gente  
la excelsa bendición omnipotente.  
¡Adios! (Se abrazan.)

COND.

(Llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta.)  
Id, y si os llevan algún día  
mi cadáver envuelto en mi bandera,  
sobre el sangriento tronco ¡madre mía!  
derramad una lágrima siquiera.  
Y al grabar en mi losa «Aquí García»,  
decid sobre ella por la vez postrera.  
«Caballero murió, murió inocente.  
Yo vivo aún, y el universo miente.»

El conde

Como quiten soy cumplí: ya estoy tranquilo.  
En buen hora los siglos engañados  
mi historia cuenten con airado estilo  
mi nombre y mi valor sean mirados  
con horror en buen hora: no vacilo.  
No es mío el crimen con que van manchados,  
y ese borrón que empaña mi memoria  
en mi tumba será «Sol» de mi gloria.  
A ella osarán con lenguas fementidas  
las almas ruines al valor extrañas,  
mas saldrán a dejarlas desmentidas  
las legiones que dejan mis campañas  
en Osma y en Sepúlveda tendidas.  
Sí, yo cuento mis días por hazañas,  
y descender a mi sepulcro puedo  
a desleal posteridad sin miedo.  
(Llamando.)  
¡Sancho!

El conde. Sancho Montero

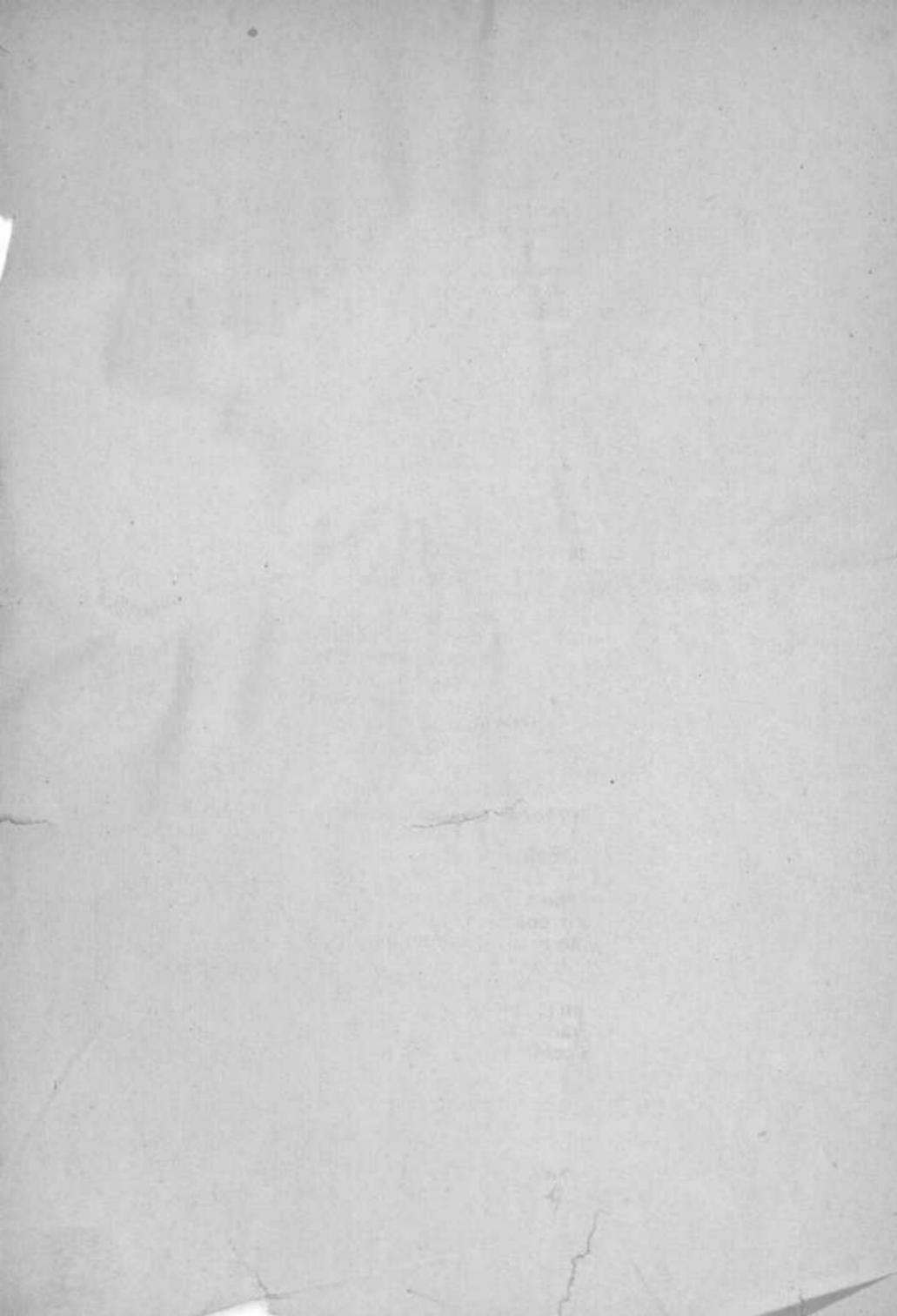
SAN.  
COND.

Señor.

¡Mi lanza y mi caballo!

Mi fortuna a arrostrar con alma entera  
y a morir con honor pronto me hallo.  
Sea paño a mi tumba mi bandera,  
y al echar sobre mí su injusto fallo,  
diga por fin la gente venidera:  
«Con tan gran corazón ser no podía  
un malvado tan vil Sancho García.»  
(Sale el conde: Montero le sigue.—Cae el telón.)

FIN DE LA COMPOSICIÓN



— VALL  
— LEI  
— T2

Nº 17086

CAMIONES M. P. C.

Academia 36

La pérdida así como la rotura de esta contraseña de equipaje nos exime de toda responsabilidad.

TERMINAL MEXICO

21792